

---

# LA FINGIDA ARCADIA

---

Personas que hablan en ella:

- **LUCRECIA, condesa**
- **ALEJANDRA, dama**
- **HORTENSIO, viejo**
- **CARLOS, caballero**
- **PINZÓN, lacayo**
- **ÁNGELA, criada**
- **LARISA, labradora**
- **Don FELIPE, caballero**
- **FELICIANO, caballero**
- **CONRADO, caballero**
- **Don PEDRO, caballero**
- **Don ROGERIO, caballero**
- **Un CRIADO**

---

## JORNADA PRIMERA

---

*Salen LUCRECIA y ÁNGELA, criada*

LUCRECIA: "Silvio, a una blanca corderilla suya  
de celos de un pastor, tiró el cayado  
con ser la más hermosa del ganado.  
¡Oh Amor! ¡Qué no podrá la fuerza tuya!  
Huyó quejosa, que es razón que huya  
habiéndola, sin culpa, castigado;  
lloró el pastor, buscando el monte y prado;  
que es justo que quien debe restituya.  
Hallóla una pastora en esta afrenta,  
y al fin la trajo al dueño, aunque tirano,  
de verle arrepentido, enternecida.  
Dióla sal el pastor, y ella contenta  
la toma de la misma ingrata mano,  
que un firme amor cualquier agravio olvida."

No se pudo decir más;  
hasta aquí la pluma llega.

ÁNGELA: Pluma de Lope de Vega  
la fama se deja atrás.

LUCRECIA: ¡Prodigioso hombre! ¡No sé  
qué diera por conocerle!  
A España fuera por verle,  
si a ver a Salomón fue  
la celebrada etiopisa.

ÁNGELA: Compara con proporción  
que no es Lope, Salomón.

LUCRECIA: Lo que su fama me avisa,  
lo que en sus escritos leo,  
lo que enriquece su tierra,  
lo que su espíritu encierra,  
y lo que verle deseo,  
mi comparación excusa;

y a él le da más alabanza  
lo que por su ingenio alcanza  
que a esotro su ciencia infusa.

Tan aficionada estoy  
a la nación española,  
que porque tú lo eres, sola,  
contigo gustosa estoy  
lo más del día.

ÁNGELA: Madrid  
es mi patria, corte digna  
de España, madre benigna  
del mundo.

LUCRECIA: Valladolid  
dicen que es competidora  
de su grandeza.

ÁNGELA: Sí fuera  
si el clima y cielo tuviera  
que a Madrid hacen señora.  
Mas, si sus partes te alego  
contestarás que es mejor.  
Patria es Madrid del Amor,  
y así está fundada en fuego.  
Agua los celos la han dado,  
si su fuerza hace llorar,  
de fuentes que pueden dar  
salud al más deshauciado.  
Si saber sus frutos quieres  
flora sus campos corona,  
su tributaria es Pomona,  
sus venteros Baco y Ceres.  
Dale en olivos Minerva  
oro puro y generoso,  
ganado, el monte, sabroso,  
tomillos el campo y hierba;  
las musas un Alcalá  
que llamar Atenas puedo;  
la cortesía, un Toledo  
que doce leguas está;  
sus hechizos, la hermosura,  
sus hazañas, el valor;

su mansedumbre, el amor;  
 sus milagros, la ventura;  
 nuestra religión su ley  
 de quien es seguro norte,  
 dos mundos la dan su corte,  
 la corte la da su rey.

Goza del llano y montaña  
 que sus términos incluye;  
 y en fe que en todos influye  
 valor, es centro de España.

LUCRECIA: Di patria ilustre también  
 de Lope, y diráslo todo.

ÁNGELA: Si a tu gusto me acomodo no  
 es ése su menor bien.

LUCRECIA: Yo, después acá, que estoy  
 en el español idioma  
 ejercitada, si a Roma  
 a Tulio por padre doy  
 de la latina elocuencia,  
 y al Bocaccio en la toscana,  
 a Lope en la castellana  
 no le hallo competencia.

Más de un desapasionado  
 me ha dicho de tu nación  
 que en la prosa, a Cicerón,  
 estilo y gracia ha imitado,  
 y a Ovidio en la suavidad  
 y lisura de sus versos,  
 sonoros, limpios y tersos,  
 confirmando esta verdad  
 con lo que en sus libros hallo.

ÁNGELA: Si él ese favor oyera,  
 ¡qué bien le correspondiera!  
 ¡Qué bien supiera estimallo!

LUCRECIA: ¿Agradece?

ÁNGELA: Aunque hay alguno  
 que apasionado lo niega,  
 es tan fértil esta vega  
 que paga ciento por uno.  
 Pero, ¿qué piensas hacer

con tantos libros aquí?

LUCRECIA: Todos son suyos y así,  
ya que no le puedo ver,  
mientras gasto bien los ratos  
que recreo en su lección,  
si los libros suyos son  
veré a Lope en sus retratos.

ÁNGELA: Con tanto libro, parece  
estudio éste y no jardín.

*Están todas las obras de Lope en un estante*

LUCRECIA: Mejor dirás camarín  
que al alma de ley se ofrece.

ÁNGELA: Aquéste es el *Labrador*  
*de Madrid*, primero fruto  
de Lope.

LUCRECIA: Hermoso tributo  
que a un tiempo da fruto y flor.

ÁNGELA: Es divino.

LUCRECIA: De justicia,  
lo primero a Dios se debe;  
por eso quiere que lleve  
Lope, el cielo, su primicia.

ÁNGELA: No ha escrita él otro mejor.

LUCRECIA: Imitó, discreto, en él  
a la ofrenda que hizo Abel  
si Caín dió lo peor.

ÁNGELA: Ésta es la *Angélica* bella.

LUCRECIA: ¿Que Ariosto se le compara?  
¡Valientes octavas!

ÁNGELA: Rara  
habilidad, y en ella  
la *Dragontea* compite  
del rayo de Ingalaterra.

LUCRECIA: Escribe en la paz la guerra  
lo que la pluma permite.

ÁNGELA: Mira en un cuerpo pequeño  
mil almas.

LUCRECIA: Bien le sublimas.

ÁNGELA: Éste se llama *Las rimas*  
de Lope.

LUCRECIA: Son como el dueño.  
¡Qué canciones, qué sonetos,  
qué églogas, qué elegías!  
Las noches gasto y los días  
en meditar sus concetos.  
¡Si viviera Garcilaso  
celebrárale más bien!...

ÁNGELA: Ésta es la *Jerusalén*.

LUCRECIA: No la iguala la del Taso.  
Mira sus octavas llenas  
de sentencias y doctrinas  
sabio en las letras divinas,  
pues no escribe verso apenas  
sin allegar un autor,  
y hallarás en cualquier parte  
entre las veras de Marte,  
mezcladas burlas de Amor.

ÁNGELA: Aquéste es el *Peregrino*.

LUCRECIA: Más lo es quien lo escribió.

ÁNGELA: Qué bien faltas enmendó,  
siguiendo el mismo camino  
de aquel Luzmán y Arborea,  
cuyas *Selvas de aventuras*  
por Lope quedan oscuras.

LUCRECIA: ¡Qué bien los Autos emplea  
que mezclados en él van!  
¡Qué elegantes, qué limados!

ÁNGELA: Y más bien acomodados  
que los que mezcló Luzmán.  
*Los pastores de Belén*  
son éstos.

LUCRECIA: Si labrador  
fue con Isidro, pastor  
sabe Lope ser también.

ÁNGELA: Resucitó villancicos  
en su mocedad cantados,  
y agora en Belén honrados

entre amorosos pellicos.

Todas éstas son comedias.

LUCRECIA: *Décima séptima parte*  
ha impreso.

ÁNGELA: No hay que espantarte,  
que aun esas no son las medias  
que tiene escritas.

LUCRECIA: Pues ¿cuántas  
ha compuesto?

ÁNGELA: Novecientas.

LUCRECIA: Si los años no le aumentas,  
¿dónde hay vida para tantas?

ÁNGELA: Ésta es verdad conocida  
en España.

LUCRECIA: Yo le diera  
por cada una, si pudiera,  
Ángela, un año de vida.

ÁNGELA: A novecientos llegara  
siendo otro Matusalén.

LUCRECIA: En él se logran bien.

ÁNGELA: En este último repara  
que es *La Filomena*.

LUCRECIA: Canta  
Lope aquí, por Filomena,  
de suerte que ya es sirena  
si ave fue, pues nos encanta.  
Pero, para echar el resto  
al nombre que le hace claro  
y afrentar al Sanazaro  
en *La Arcadia* que ha compuesto,  
metafóricos amores  
en otra *Arcadia* mira,  
sus sutilezas admira,  
ten envidia a sus pastores;  
que yo, creyendo que piso  
márgenes de su Erimanto,  
sí, con Belisarda canto,  
lloro celos con Anfriso.  
No sé divertir los ojos  
de sus versos y sus prosas,

de sus quejas sentenciosas,  
de sus discretos enojos.

De día ocupa mi mano,  
de noche mi cabecera.  
¡Ay quien transformar pudiera  
vida y traje cortesano!

En la comunicación  
de sus Leonisas, Anardas,  
Amarilis, Belisardas,  
¡quién oyera a un Galafrón,  
un Menalca, un Enareto,  
un Brasilido, un Locriano,  
un rústico cortesano,  
un Celio, un Lauro discreto!

¡Oh, si el Po que nuestra quinta  
riega y fertiliza tanto,  
trocándose en Erimanto  
la Arcadia que Lope pinta  
a Lombardía pasara...!  
¡Oh, quién Belisarda fuera!  
¡Quién a un Anfriso quisiera  
y a su Olimpo desdeñara!

ÁNGELA: Si en deseos semejantes  
te desvaneces, señora,  
notable falta hace agora  
en nuestra España Cervantes;  
que, a su manchego hazañoso  
loco por caballerías  
le prometió en breves días  
hacer legítimo esposo  
de otra dama, que, perdida  
por quimeras pastoriles,  
entre Dianas y Giles  
rematase seso y vida.

*Salen cantando don FELIPE, de pastor, y ALEJANDRA,  
dama, LARISA, labradora. Cantan*

TODOS: *Alma perseguida*

*romped la cadena;  
que tan triste vida  
para nada es buena.*

UNO: *Pesares amigos,  
haced como tales  
que os haré testigos  
de mayores males.*

OTRO: *Falsas alegrías,  
vanas esperanzas;  
agora sois mías  
porque sois mudanzas.*

UNO: *Si el amor se olvida  
acabad mi pega.*

TODOS: *Que tan triste vida  
para nada es buena.*

UNO: *¡Ay! mis ojos tristes  
no sintáis llorar;  
pues mirar supistes  
sabedlo pagar.*

OTRO: *Quien me mata muera;  
vergüenza ha de ser;  
pero más lo fuera  
dejarlo de hacer.*

UNO: *No viva afligida  
quien celosa pena.*

TODOS: *Que tan mala vida  
para nada es buena.*

LUCRECIA: *Tan bien venido seáis  
como la canción es buena.  
Lope sus versos ordena.  
A su *Arcadia* los hurtáis;  
para darme gusto a mí  
no hallaréis lisonja igual.*

ALEJANDRA: *Ya en la Arcadia pastoral  
el Po se vuelve por ti;  
que puesto que eres condesa  
de Valencia del Po, has dado  
en ennoblecer el prado  
que con tu vista interesa.  
Nueva primavera y flores*

y dejando la ciudad  
 en aquesta soledad  
 gozan fingidos pastores,  
     que en libros de España miras  
 lo que a tantos potentados  
 causa celos y cuidados.

LUCRECIA: De cortesanas mentiras  
     huyo, Alejandra; no creo  
 encarecimientos locos  
 más ciertos, cuanto más pocos;  
 amores honestos leo  
     que ni pueden engañarme  
 con su sabia sencillez.  
 ni con lisonjas, tal vez  
 persuadirme, ni obligarme.

    Cuando me cansan los cierro,  
 cuando me alegran los abro,  
 en ellos firmezas labro  
 ya diamantes, si antes hierro;  
     sobre gustos no hay disputa,  
 déjame con mi opinión.

FELIPE: En ella cobran sazón  
 río y monte, flor y fruta.  
     Honre, señora condesa,  
 nuestros campos--¡pesia a tall!--  
 Personas viste el sayal.  
 Tal vez en la mejor mesa,  
     entre el pavo y francolín,  
 sabe bien el salpicón;  
 gente los pastores son,  
 amor nació en su jardín.  
     En las cortes vive el vicio,  
 y en el campo el desengaño;  
 la sencillez viste paño  
 si sedas el artificio.

    Sepa, señora, de todo;  
 buena Pascua le dé Dios.

LUCRECIA: Más os precio Tirso, a vos,  
 cuando me habláis de ese modo,  
     que cuantos la corte cría.

En sus doseles nací,  
 ilustre sangre adquirí,  
 toda esta comarca es mía;  
     lisonjas sé de palacio,  
 verdades quiero saber,  
 aprisa vive el poder,  
 vivir quiero aquí despacio.

FELIPE:       Yo sé de cierto señor,  
 harto regalado y tierno  
 que, acostándose el invierno,  
 después que el calentador  
     la cama le sazónaba,  
 se levantaba en camisa,  
 y dando causa a la risa  
 desnudo se paseaba.

    Burlábase de él su gente,  
 y juzgaba a desvarío  
 que tiritase de frío  
 y diese diente con diente,  
     quien abrigarse podía;  
 más él, después de haber dado  
 sus paseos, casi helado,  
 a la cama se volvía,  
     diciendo, "Para estimar  
 el calor que agora adquiero  
 es necesario primero  
 el frío experimentar."

    Ya que su excelencia sabe  
 tanto de corte y grandeza,  
 pruebe aquí, vuestra llaneza  
 más humana y menos grave;  
     y sabrále allá más bien  
 el trato y soberbia real,  
 que quien no ha probado el mal  
 poco, o nada, estima el bien.

LUCRECIA:     Pastor de Arcadia pareces  
 según estás hoy discreto.

*Sale HORTENSIO, viejo*

HORTENSIO: Lucrecia, por tu respeto,  
 después que te desvaneces  
 a estas selvas retirada,  
 en libros de poco fruto,  
 de tu ociosidad tributo,  
 paso una vida cansada.

Soy tu tío, y en tu estado  
 me has hecho gobernador;  
 llámame padre tu amor;  
 como tal, me da cuidado,  
 el poco con que te veo  
 de lo que te está más bien.

Tus vasallos que te ven  
 incasable, con deseo  
 de que les des un señor  
 a tus méritos igual,  
 justamente llevan mal  
 de que malogres en flor,  
 sin fruto tus verdes años  
 tan dignos de apetecer.

El gobierno en la mujer  
 es violento, y causa engaños.

Dale dueño a tus estados  
 que envidian a Lombardía  
 a quien te sirve, un buen día,  
 y treguas a mis cuidados.

Deja libros fabulosos,  
 quintas, bosques, soledades.

LUCRECIA: Basta, que aunque persuades  
 con afectos amorosos,  
 primero es el aprender  
 tío, que el ejercitar.

En libros aprendo a amar;  
 en sabiendo bien querer,  
 daré a mis vasallos gusto  
 y a tu consejo atención;  
 porque, sin inclinación  
 ya tú sabes que no es justo.

HORTENSIO: Muy gentil flema es la tuya

para los muchos amantes,  
que juzgan siglos instantes,  
deseando que concluya  
el amor sus pretensiones.

LUCRECIA: ¡Qué! ¿tantos son por tu vida?

HORTENSIO: ¿No lo sabes?

LUCRECIA: Se me olvida.

HORTENSIO: Dos condes y seis barones,  
un duque y cuatro marqueses.

¿Caballetos? ¡No hay contarlos!

LUCRECIA: Si he de escoger y estimarlos,

fuerza será que confieses  
que para hacer elección,  
algún tiempo es menester.

Mi esposo no ha de tener  
ni falta, ni imperfección;

muchas he considerado  
en los que su amor me ofrecen,  
que, en mi opinión, desmerecen  
mi gusto, si no mi estado.

De todos tengo una lista  
que, si vuelves esta tarde  
te harán un copioso alarde;  
pasa por ellos la vista,  
y si de alguno supieres  
que vive libre de todas,  
trátame, Hortensio, de bodas.

HORTENSIO: Mientras a hacer no le dieres

a un escultor, o platero,  
¿dónde le piensas hallar  
sin falta?

LUCRECIA: Yo no he de amar  
a quien la tenga. Esto quiero.

No me canses. Déjame.

ALEJANDRA: En *la Arcadia* donde miras

disfrazadas las mentiras  
podrá ser que alguno esté  
con la perfección que pides;  
y si haces elección de él,  
te casarás en papel

vengando a los que despides.

LUCRECIA: ¿Quieren no darme pesar?

¿Quieren dejarme leer?

HORTENSIO: O muda de parecer

o no te esperes casar.

*Vase HORTENSIO*

ALEJANDRA: Pues gustas quedarte sola

con tus libros, prima, adiós.

*Vase ALEJANDRA*

LUCRECIA: Quedáos aquí, Tirso, vos,

que de *la Arcadía* española

no pequeña parte os cabe.

LARISA: Oliendo a loca me va

nuestra condesa.

ÁNGELA: O lo está;

a uno dice y otro sabe.

*Vanse ÁNGELA y LARISA*

FELIPE: Seis meses ha, prenda mía,

que disfrazado por vos,

trueco sedas en sayales,

¡metamorfosis de Amor!

Dióme por patria a Valencia

el cielo, en cuya región

cuando hay guerra reina Marte,

cuando hay paz, el ciego dios.

Perdido por lo primero,

juventud e inclinación,

me sacaron de mi patria,

porque siempre mi nación

trasplantada en otros reinos

hazañas fructificó;

que no tiene, donde nace  
el oro, tanto valor.  
Vine a Milán, plaza de armas,  
de Alemania munición,  
en que Marte viste acero  
telas y brocado el sol;  
a la guerra del Piamonte  
voló la fama veloz  
cubriendo hazañas de plumas  
y noblezas de opinión.  
Dióme el gran duque de Feria,  
milanés gobernador,  
una tropa de caballos  
debajo la protección  
de aquel Pimentel invicto,  
valeroso sucesor  
de aquel padre de la patria,  
de aquel Numa, aquel Catón,  
que fertilizando canas  
a la Iglesia dió un pastor,  
un mayordomo a su reina,  
tres columnas a su Dios,  
tres Alejandros a Marte,  
a España hijos veintidós,  
mil glorias a su alabanza  
y a medio siglo un nector.  
Con él asalté a Verceli,  
y después en la facción  
de la Valtelina, pude  
gratularle triunfador.  
Cobróme desde aquel día  
generosa inclinación,  
no examinada en palabras,  
moneda vil de vellón,  
sino en obras, que libraron  
sus quilates al favor  
que eslabonan beneficios  
cadenas de obligación.  
Venimos desde Milán  
hasta Valencia del Po

de quien os llamáis condesa,  
cuando fénix suyo sois.  
Vuestro nombre, que en Italia  
ser posible publicó  
el hallarse en un sujeto  
la hermosura y discreción,  
nos trajo a veros, quedando,  
esta vez, corta con vos,  
la fama, y no la hermosura,  
pues sois su exageración.  
Liberal nos festejastes  
ya en saraos, donde Amor  
fue el maestro de danzar  
y su discípulo yo;  
ya en banquetes, donde pudo  
igualar la ostentación,  
la riqueza, el artificio,  
la abundancia, a la sazón.  
Los propósitos jugamos  
una noche entre la flor  
de esta quinta, que al dios niño  
cría abeja, si áspid no;  
mi ventura o mi desdicha  
os dio asiento entre los dos,  
mi general, el derecho;  
yo, el lado del corazón.  
Entré libre, salí enfermo,  
quema el fuego, ciega el sol.  
Pague incendios, llore engaños  
quien tan cerca se llegó.  
Cuántas veces al oído  
os hablaba, bien sé yo  
lo que alargaba conceptos  
por gozar de aquel favor;  
despropósitos del juego,  
aunque dieron ocasión  
a la risa, declararon  
propósitos de mi amor.  
Dábanles otro sentido  
y tal vez discreta vos,

mudábadas mis palabras,  
al paso que la color.  
Perdí y gané el acabarse  
el juego y conversación.  
Gané el ser de vos querido;  
perdí el seso, que mejor  
bien sabéis vos, prenda mía,  
que divirtiendo el calor  
cuando todos registraban  
ya la fuente, ya la flor;  
tribunal de mis desvelos  
aquel verde cenador,  
que en el pleito de mis ansias  
sentenciastes contra vos;  
agradecida y piadosa  
admitistes mi afición,  
como equívocos regalos  
con recíproco favor;  
el cristal será testigo  
de esta mano que selló

*Bésasela*

en mis labios el secreto  
que conserva el corazón.  
Salí del jardín confuso,  
si vencido, vencedor;  
si amante, correspondido;  
si con deudas, acreedor.  
Llegó el día de ausentarnos,  
--¡noche dijera mejor--  
despedímonos corteses,  
él contento, triste yo;  
pero apenas cuatro millas,  
en la breve dilación  
de vuestra hermosa presencia,  
--¡qué larga me pareció!--  
anduvimos, cuando el alma,  
conio Clicie tras el sol,

a la luz de vuestra vista  
 los pasos retrocedió.  
 Fingí con mi general  
 que al partir se me olvidó  
 una joya en vuestra casa  
 de no poca estimación.  
 Dije bien, pues en rehenes  
 el alma se me quedó;  
 en empeños la esperanza;  
 la libertad en prisión.  
 Di la vuelta a vuestra quinta,  
 ¡juzgad con qué prisa, vos,  
 si las alas que Amor lleva  
 no son plumas, llamas son!  
 Disfrazóme en ella, en fin,  
 el sayal de labrador;  
 amor siembro, cojo celos,  
 fruto espero, no dais flor.  
 Seis meses ha, mi Lucrecia,  
 que, como mal pagador,  
 entretienen esperanzas  
 una y otra dilación;  
 en el campo, dueño mío,  
 no hay labranza sin temor;  
 no hay cosecha sin recelos,  
 sin trabajo no hay sazón.  
 Pero, ¿qué ha de hacer quien mira  
 que malogran mi labor  
 tanto amante pretendiente  
 de quien soy competidor?  
 Soy extraño, propios ellos,  
 poderosa la acción,  
 variable la Fortuna,  
 ellos ricos, mujer vos.  
 O matadme o dadme vida;  
 que ni yo Tántalo soy,  
 ni para esperanzas largas  
 tiene flema un español.

LUCRECIA: Jardinero de mis ojos,  
 imperio de mi albedrío,

dueño de mis pensamientos,  
esfera de mis sentidos,  
regalo de mi memoria,  
sol que adoro, luz que miro,  
--que no sé decir ternezas,  
si no se las hurto a Anfriso--  
a dar fondo los quilates  
de tu amor, la fe que al mío,  
horas llamas los años,  
si llamas los meses siglos.  
¿Dilaciones encareces?  
Caro vendes o amas tibio;  
pues enfermo está el amor,  
que se cansa en el camino.  
Jugando empezaste a amar,  
y como tahir no has sido,  
cansástete, no me espanto,  
que es, Felipe, tu amor niño.  
Los propósitos jugamos,  
y son tan firmes los míos  
en materia de quererte,  
que por adorarte olvido  
los títulos que pretenden,  
con derecho más antiguo,  
usurparte el que te doy  
de esposo y dueño querido.  
Sobre palabras se juega,  
el crédito tengo rico,  
no te levantes tan presto;  
cédulas, mi bien, te libro,  
que no son, dirás, quebradas,  
pues paga a plazo cumplido  
el juez noble cuando pierde,  
por palabra o por escrito.  
Si cultivando esperanzas  
vives, labrador fingido,  
yo también, porque te adoro,  
cortes dejo y quintas vivo.  
¿Qué celos tus flores hielan?  
¿Qué mudanzas o desvíos

el fruto te desazonan,  
que ya tan cercano has visto?  
Tus esperanzas dilato,  
porque temo los peligros  
que te amenazan, si de ellos  
cautelosa no te libro.  
Poderosos pretendientes,  
¿qué han de hacer, si ven que elijo  
en su ofensa a un español  
hasta el nombre aborrecido?  
Escribamos, pues te ampara,  
caro amante, el duque invicto  
de Feria, porque a su sombra  
no te ofendan enemigos;  
y entretanto engaña el tiempo,  
pues sustentan a Amor niño  
alimentos de esperanzas  
que yo, por darlas alivio,  
de día, cuando el recato  
no me deja hablar contigo,  
gasto el tiempo en aprender  
cómo amarte, en estos libros;  
las noches encubridoras  
de enamorados delitos,  
lo que estudio con el sol  
a la luna te repito;  
después que pastor te veo  
tan pastora el alma finjo,  
que me juzgo Belisarda  
y te considero Anfriso;  
si, como él, sospechas tienes,  
ni hay competencias de Olimpo,  
ni fuerzas de Clorinaro,  
ni venturas de Galicia.  
Triunfa dichoso de todos,  
que, ni vuelve atrás el río,  
ni retroceden los cielos,  
ni se muda al viento el risco,  
ni yo, que los aventajo,  
y en la eternidad dedico

trofeos de mi constancia,  
 mientras en firmeza imito  
 bronces, aceros, diamantes,  
 sol, esferas, tiempos, ríos,  
 robles, cedros, lauros, palmas,  
 muros, montes, peñas, riscos...

Si amarte finjo,  
 mátenme celos y en ausencia olvido.

FELIPE: Si deseos dilatados  
 hallan en ti tal alivio  
 --¡dulce dueño de mis ojos!--  
 poco tiempo he padecido.  
 Más valen las esperanzas  
 que en ti logro, los suspiros  
 que en ti alegre, las sospechas  
 que en ti aseguradas miro,  
 que las posesiones de otros.  
 Liberal pagas servicios,  
 piadosa, remedias penas,  
 pródiga, haces beneficios.  
 Injustas mis quejas fueron.  
 ¡Perdón, humilde te pido!  
 Jacob soy, mi Raquel eres,  
 su amor y paciencia imito;  
 no trocaré desde hoy más  
 estos jardines Elisios,  
 estos dichosos sayales,  
 estas fuentes, este río,  
 por la silla del imperio,  
 por los tesoros del indio,  
 por las telas de Milán,  
 por las púrpuras de Tiro.  
 Pastor soy, no soy soldado,  
 galas dejo, armas olvido;  
 sólo a Belisarda adoro  
 que me transforma en Anfriso.

*Sale ÁNGELA*

ÁNGELA: Cansando están esas puertas  
 competidores prolijos,  
 por saber resoluciones  
 de su amor desvanecido.  
 Aquí está el duque Alejandro,  
 los marqueses Federico  
 y Pompeyo, los dos condes  
 Marco Antonio y Julio Ursino.  
 Despídelos de una vez,  
 o da la mano al más digno;  
 porque entro tantos llamados  
 venga a ser el escogido.

LUCRECIA: ¿Hay estado semejante?  
 Ven; que en un papel que he escrito,  
 verás, Ángela, cuán bien  
 de sus locuras me libro.

ÁNGELA: En fin, ¿no quieres casarte?

LUCRECIA: De estas selvas he aprendido  
 gustos de la libertad.

*A FELIPE*

¿Qué os parece?

FELIPE: A queso pido.

*Vanse todos. Salen FELICIANO, ROGERIO, CARLOS,  
 CONRADO y HORTENSIO, viejo*

FELICIANO: Yo sé que la condesa se retira,  
 porque, cortés, rehusa desdeñaros,  
 y mis deseos con cuidados mira,  
 por más que la pasión llegue a cegaros.

ROGERIO: La confianza que tenéis, me admira,  
 cuando favores, puesto que no claros,  
 seguros, anteponen mi ventura  
 a la consecución de su hermosura.

CARLOS: No he visto yo, hasta agora despreciados  
 los méritos, que en mí, Lucrecia, estima.

CONRADO: Si paga amor, y no desprecia estados,  
duque de Ursino soy, y ella es mi prima.

HORTENSIO: Todos sois en Italia titulados,  
y a todos la esperanza que os anima  
os tiene, en su amorosa competencia,  
esperando suspensos la sentencia.  
Vuestras ilustres partes la he propuesto.  
El término se cumple aquesta tarde,  
en esta quinta el tribunal ha puesto  
Amor, niño absoluto; el vuestro aguarde  
y vaya cada cual con presupuesto,  
que Amor en elecciones no hace alarde  
de méritos ni partes, pues, si elige,  
no por razón, por voluntad se rige.  
Uno ha de ser, no más, el escogido;  
culpen a las estrellas los llamados.

CARLOS: Seguro estoy que soy el preferido.

ROGERIO: Presto veréis que premia mis cuidados.

*Sale ÁNGELA*

ÁNGELA: La condesa, señores, que ha sabido  
que del hilo de un sí penáis colgados,,  
de este papel me manda a ser correo,  
remitid a los ojos el deseo.

*Vase ÁNGELA*

CARLOS: Léale, Hortensio.

HORTENSIO: Así dice,

*Lee el papel*

"La condesa de Valencia  
que dar gusto a sus vasallos  
y elegir esposo intenta,

entre los que en Lombardía  
pretensiones manifiestan,  
dignas, por sus muchas partes,  
de mayor dote y belleza,  
no sabe en cuál resolverse,  
temerosa que se ofendan  
los que, escogiendo a uno solo,  
han de excluirse por fuerza.  
Además, que, como el alma  
se rige por sus potencias,  
voluntad y entendimiento  
y por sus objetos éstas;  
así, como la verdad  
es el objeto y esfera  
que el entendimiento mira  
y no puede obrar sin ella,  
del mismo modo que puede  
obrar la voluntad ciega  
sin la bondad, que es su objeto,  
la cual ha de ser perfecta  
y bella en todas sus partes;  
para que el amor lo sea,  
pena que si una le falta  
ya no es bondad ni belleza,  
en esto no hay poner duda,  
pues es, por común sentencia,  
*Bonum ex integra causa,*  
nace el bien, de causa entera,  
y no siéndola ya es mala,  
porque el mal, es cosa cierta  
que es *Ex quocunque defectu,*  
por cualquier causa pequeña,  
según esto, si ha de amar,  
voluntad que no está enferma,  
al bien, y éste no lo es  
como algún defecto tenga.  
La que, sin considerarlo  
a marido se sujeta  
imperfecto y defectuoso,  
o no tiene amor, o es necia.

Yo, pues, por no parecerlo,  
entre tanto que no vea  
hombre en todo tan cabal  
que ser objeto merezca  
de mi voluntad y amor,  
no he de casarme, aunque pierda  
la vida en este deseo,  
por no amar, o amar de veras.  
He ponderado las faltas  
que tienen los que desean  
este casamiento mío;  
y, porque cuando las sepan  
de sus intentos desistan,  
me ha parecido ponerla,  
en esta breve minuta.  
Si las juzgaren pequeñas  
para esposo, no lo son;  
que el mal, para que lo sea,  
*Est ex quocunque defectu*  
como el bien de causa entera."

CARLOS: Latines sabe esta dama?

HORTENSIO: Estudian las de esta tierra  
que se pican de curiosas;  
y eslo mucho la condesa.

FELICIANO: Ahora bien; vaya de faltas  
y veré por cual me deja.

CONRADO: Ella perderá el juicio  
si prosigue en esta tema.

HORTENSIO: Dice así, "Dejo a Conrado  
por puntual melindroso,  
que, no es bueno para esposo  
un hombre tan delicado."

CONRADO: ¿Yo?

HORTENSIO: "Dicen que despidió  
al que los cuellos lo abría,  
porque en él, un puño, un día,  
mas un abanico halló  
que en el otro, y si así pasa  
no hay falta cual la avarienta;

que quien abanicos cuenta  
¿qué hará la hacienda de casa?"

CONRADO: ¡Vive Dios, que la han mentido!

HORTENSIO: "Tampoco a Rogerio quiero,  
que, puesto que es caballero,  
el serlo ha desmerecido,  
pues vive desempeñado  
y a mohatras no se atreve;  
porque el caballero debe  
y no paga el titulado."

ROGERIO: ¡Donosa falta me puso!

HORTENSIO: "Feliciano me da enojos,  
que tiene azules los ojos  
y yo quiero ojos al uso.

Guarde lo azul para el cuello,  
por que, si le he de admitir  
los ojos se ha de teñir  
como otros barba y cabello.

Carlos es desaliñado  
y yo no he de ser mujer  
de quien no sabe comer,  
limpiamente un huevo asado.

Favio, habla con estribillo;  
Teodoro, en grosero toca,  
pues lo es quien trae en la boca  
toda la tarde el palillo."

CARLOS: ¿Pues ésa es acción grosera?

FELICIANO: Si es mondadientes, sacalle  
en la boca por la calle,  
es ir con la escoba afuera.

HORTENSIO: "Julio, de barba cerrado,  
habla por tiple y sesea,  
y hará cualquier cosa fea  
un hombre tiple y barbado.

Celio es calvo, y para padre  
mejor; Decio si se enoja,  
el mayor voto que arroja  
es, ¡por vida de mi madre!

Marco Antonio trae anteojos;  
César, copete y guedejas,

zarcillos en las orejas  
y echa la culpa a los ojos.

Y, si coninigo se casa  
reñiremos por saber  
cuál de los dos es mujer  
y quién el que manda en casa.

Federico, no penetra  
lo que a caballero debe.  
Bebe en invierno sin nieve  
y escribe clara la letra.

Valerio ha dado en traer  
alzada la sotanilla;  
y hay quien piensa que se humilla  
y va a fregar o barrer.

Por estos y otros defectos,  
soy señores de opinión  
que, si Amor es perfección,  
yo no he de amar imperfectos.

Y vivan sobre este aviso  
mientras con tino no tope  
tan perfecto como Lope  
en su *Arcadia* pinta a Anfriso.

ROGERIO:       ¿Qué *Arcadia* o qué Lope es éste?

FELICIANO:   ¿Qué se yo? O esta Lucrecia  
es loca, o peca de necia.

CARLOS:       Pues aunque no manifieste  
amarme--¡viven los cielos!--  
que he de hablarla.

ROGERIO:               Yo imagino  
que a igualarnos, cuerda, vino,  
por no ocasionar los celos  
que haciendo de uno elección  
a los demás ha de dar.

CONRAD:       Yo, Rogerio la he de hablar  
que tengo satisfacción,  
aunque sois nobles y ricos,  
de que he de verme su esposo.

ROGERIO:       ¿Vos puntual, melindroso,  
que contáis los abanicos?

CONRADO:       Yo sé que la satisfago.

CARLOS: A los demás me prefiero,  
pues si debe el caballero  
yo debo mucho y no pago.

FELICIANO: Andad que la dais enojos,  
y aprended, más aliñado,  
a comer un huevo asado.

CARLOS: Sí haré, si os teñís los ojos.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

## JORNADA SEGUNDA

---

*Salen don FELIPE, de pastor, y ALEJANDRA*

FELIPE: ¿También ella ha dado en eso?

ALEJANDRA: El trato y conversación

varían la condición,  
la de mi prima profeso.  
Cuando tiene poco seso  
el señor, pocos criados  
le sirven considerados.  
en casa del jugador  
todos imitan su humor;  
la guerra engendra soldados.

A cierto rey, adulaba  
un privado, o necio o loco;  
era cojo el rey un poco  
y el otro le remedaba,  
sano estando, cojo andaba.  
Imitaron sus antojos  
los demás, y dando de ojos  
cuantos iban á palacio  
llenaron en breve espacio  
toda la corte de cojos.

Provincia hubo, cuya gente  
mandó a cada cual, por ley,  
por faltar un diente al rey  
que se sacase otro diente.  
Mueve el objeto presente.  
Trata en pastores Lucrecia,  
que caballeros desprecia,  
después que estos campos mora,  
y yo imito a la señora,

ya sea cuerda, ya sea necia.

Esta negra *Arcadia* ha sido  
de Lope, quien la ha encantado.

FELIPE: *La Arcadia* de Lope ha dado  
al traste con su sentido.

ALEJANDRA: Tirso, basta lo fingido.  
Yo sé, que aunque jardinero  
te vendrá el sayal grosero;  
hablando a lo pastoral,  
debajo el sayal, hay al.

FELIPE: ¿Qué ha de haber?

ALEJANDRA: Un caballero.

FELIPE: Bien puedo venirlo a ser;  
de menos nos hizo Dios.

ALEJANDRA: Solos estamos los dos;  
ya sabes que la mujer  
pierde el seso por saber.  
¿Díme quien eres?

FELIPE: Verá  
en la locura que da  
Regidero fué mi padre,  
si dice verdad mi madre,  
y alcalde una Navidá.  
Cuando nací, no hubo quien  
no dijese a la parida,  
"No hay cosa más parecida  
en el puebro, al sacristén."  
¡No lo llevó padre bien!  
Mas yo que tengo ventura  
más que un sobrino de un cura  
y soy labrador. ¡Por Dios  
que pienso, que a ambos a dos  
les soy en cargo la hechura!

*Sale LUCRECIA con La Arcadia en la mano*

LUCRECIA: (¿Si hallaré a mi jardinero Aparte  
retratando entre sus flores  
mis esperanzas y amores?)

ALEJANDRA: Tirso, vos sois caballero.

Aunque el azadón grosero  
os dé ejercicios tan llanos,  
tenéis muy blancas las manos;  
y aunque más disimuléis  
los callos que no traéis  
son guantes de los villanos.

LUCRECIA: (Tirso y Alejandra, están Aparte  
solos.)

FELIPE: También tengo yo  
mis callos.

ALEJANDRA: Aqueso no,

*Tómale una mano*

que ellas os desmentirán.

FELIPE: Estése queda.

LUCRECIA: (Ya van Aparte  
quilatando mis desvelos  
el oro de amor, con celos.)

ALEJANDRA: ¿Esta es mano labradora  
O cortesana y señora?

LUCRECIA: (La mano le ha dado, ¡ay cielos!) Aparte

ALEJANDRA: Aquí mi sospecha vea  
engaños que en sayal fundas,  
que manos tan vagamundas  
más son de ciudad, que aldea.

FELIPE: Como ha poco que se emplea  
en el campo mi labor,  
aún no he mudado el color,  
Estudiaba para cura,  
mas tengo la cholla dura  
y quedéme en labrador.  
Suelte, que parece mal.

*Sácale una valona con puntas de cuello*

ALEJANDRA: Que os desmienta amor me manda.

¿Dicen bien cambray y randa  
con el buriel y el sayal?

LUCRECIA: (¿Hay desventura tal?           Aparte  
Don Felipe, al fin, traidor.)

ALEJANDRA: ¡Qué delicado pastor!  
Llámeos el que os considera  
dentro holanda, y sayal fuera,  
Tirso hipócrita de amor.

Pero Lucrecia está aquí.  
Turbado os habéis en vella,  
sed cortesano para ella  
y labrador para mí,  
que, pues andaban así  
los pastores de Erimanto,  
si Anfriso sois, no me espanto  
que estime tanto la vida  
de nuestra Arcadia fingida  
y que a vos os quiera tanto.

*Vase ALEJANDRA*

FELIPE: ¡Lucrecia del alma mía!

LUCRECIA: ¿De vuestra alma? Debe ser  
alma, Tirso, de alquiler  
con huéspedes cada día.  
Quien de españoles se fía  
llora engaños como yo;  
quien jardineros creyó,  
funde en flores su esperanza,  
símbolos de la mudanza,  
rosas hoy, mañana no.

FELIPE: Si decís eso, mi bien,  
porque aquí Alejandra estaba...

LUCRECIA: A las manos os miraba,  
gitana, sus rayas ven.

FELIPE: Si nos oyéades bien  
salieran recelos vanos...

LUCRECIA: Son ladrones los gitanos;  
dístesle la mano vos,

y amor que es juez porque es Dios  
os cogió el hurto en las manos.

Ya sabéis vos que en la palma  
funda el Amor su caudal,  
pues se la dan en señal  
los que hacen de dos un alma;  
con la vuestra el pesar calma  
de Alejandra, dadla el sí,  
pues darle la mano os vi;  
que contra agravios villanos  
la venganza es toda manos  
y las tendrá para mí.

FELIPE: Admitid satisfacciones.

LUCRECIA: No las hay para la vista.

*Sale CARLOS*

CARLOS: Aunque encartado en la lista  
de faltas e imperfecciones,  
condesa...

FELIPE: (No me faltaba Aparte  
sino aqueste estorbo agora.)

CARLOS: En fe que el alma os adora.

*A LUCRECIA*

FELIPE: Yo maravillas sembraba,  
que por ser de Amor son de oro,  
dio Alejandra en porfiar  
que no se habían de lograr.

CARLOS: Digo que en fe que os adoro,  
Lucrecia mía, no quiero  
que me desdeñáis creer.

FELIPE: Dijo que no habían de ser  
si espuelas de caballero,  
que por azules son celos  
y por ser espuelas pican.

CARLOS: Muchos que os aman publican  
esperanzas y desvelos,  
que porque os darán enfado  
con las faltas que escribistes,  
discreta los despedistes;  
y aunque entre ellos señalado  
yo sé que soy preferido.

FELIPE: Dijo, sembrad, jardinero  
espuelas de caballero.  
Respondíla, yo no he sido  
caballero, sí pastor,  
ni han de sembrarse en mis eras  
flores que son caballeras.

CARLOS: ¡Qué importuno labrador!  
¿No echaréis de ver, villano,  
que estoy hablando yo aquí?

FELIPE: Como esto la respondí,  
llega y cógeme la mano,  
y agarra las maravillas  
que encubierta conoció;  
pero, aunque las marchitó,  
si ella quiere recibillas  
bien puede, como no crea  
engaños y trampantojos  
que tal vez hacen los ojos.

CARLOS: No me deis causa que sea  
descortés con la condesa,  
villano, agora por vos.

LUCRECIA: Andad, Tirso, andad con Dios,  
que no es buena disculpa ésa.  
Proseguid vuestro ejercicio,  
lo que Alejandra os mandó  
sembrad, que no quiero yo  
contradecir vuestro oficio.  
¿Trasplantar flores, no es  
de una a otra parte mudarlas?  
Pues bien, podéis trasplantarlas  
si el mudarse es tu interés.  
Andad, dadlas otra mano  
si no basta la primera.

CARLOS: Menos tratable os quisiera,  
señora, con un villano.

LUCRECIA: Gusto de gente sencilla;  
mas ya este pastor me enfada  
porque tiene alma doblada.  
Idos de aquí.

FELIPE: Persuadilla  
quisiera a lo que es verdad.

LUCRECIA: Ya os digo que nos dejéis.

CARLOS: Rústico, vos pretendéis  
que ofenda la calidad  
de mi nobleza con vos.

FELIPE: Que no ofenderá.

CARLOS: Villano,  
¿vos os vais del pie a la mano  
conmigo?

FELIPE: Y con otros dos.

LUCRECIA: ¡Bárbaro! ¿Con el marqués?

FELIPE: Después que soy jardinero  
y espuelas de caballero  
traigo, ya que no en los pies,  
en las manos, he cobrado  
humos de caballería;  
el valor nobleza cría.  
Si me habéis menospreciado,  
juzgando, por suerte escasa,  
el sayal que estimo al doble,  
advertid que el huésped noble  
tal vez vive en pobre casa.

CARLOS: ¿Que esto consienta a un grosero?

LUCRECIA: ¡Dejadle, que si villano  
se ha tomado tanta mano,  
vengarme y vengaros quiero  
con daros la mano yo,  
en fe de lo que os estimo  
como amante y como primo!

*Danse las manos y quítaselas don FELIPE*

FELIPE:     ¿Cómo amante? Aqueso no;  
               que yo, que este jardín guardo,  
               arranco, si me parece,  
               la mala hierba que crece,  
               y sus espinas escardo.

              Espuelas de caballero  
               me hizo Alejandra sembrar,  
               y si se han de malograr  
               flores que sembré primero,  
               satisfagan mis desvelos  
               la venganza a que se aplican,  
               ya que como espuelas pican  
               y como azules dan celos,  
               que los planteles que trazo  
               de otra labor han de ser.

CARLOS:     ¿Qué haces, bárbaro?

FELIPE:                 Romper,  
                           por ir torcido, este lazo.

CARLOS:     Afrenta es, no castigar  
               un loco tan descompuesto.

*Echa mano CARLOS, y riñe con don FELIPE con  
 el azadón*

LUCRECIA:   Tirso, Carlos, ¿qué es aquesto?

FELIPE:     Esto es, mudable, escardar.

CARLOS:     Y esto hacer que un descortés  
               no lo sea.

FELIPE:                 Cortesano,  
                           ¿a Lucrecia dais la mano?  
                           Pues no os me habéis de ir a pies.

*Vanse peleando*

LUCRECIA:   Gente, pastores, criados,  
               que matan mi jardinero,  
               mirad que sin él no espero  
               dar sosiego a mis cuidados.

(¡Oh celos! Confuso abismo      Aparte  
 como el que os tiene no alcanza,  
 que en vez de tomar venganza  
 la experimenta en sí mismo.)

*Sale don FELIPE*

FELIPE:      Yo, Lucrecia, soy de España,  
 mi noble patria es Valencia,  
 que, ni sufre competencia  
 ni perdona a quien la engaña.  
 La guerra es mi profesión,  
 toda cólera y venganza;  
 si agravios causan mudanza,  
 juzgad los vuestros qué son;  
     que yo, español mal sufrido  
 y vengador valenciano,  
 que enajenar una mano  
 he visto, de quien he sido  
     dueño; si a vuestra promesa  
 es bien que crédito dé,  
 no es justo que tenga fe  
 en mano que otro hombre besa.  
 Si a Alejandra se la di,  
 fue porque quiso, curiosa,  
 como mujer maliciosa,  
 hacer experiencia en mí  
     del oficio que grosero  
 he, por vos, ejercitado,  
 o, saber si disfrazado  
 era Tirso jardinero.  
 Injurias del azadón  
 buscaba Alejandra en ella.  
 Quien disculpas atropella  
 y no oye satisfacción,  
     achaques busca, sin duda,  
 con que excusar su mudanza.  
 Hallólos vuestra venganza.  
 No es Amor el que se muda.

Gozad a Carlos, que es justo  
 mientras que me ausento yo,  
 que, si en la mano cifró  
 prendas, Amor de su gusto;  
 y en ella la posesión  
 le dió vuestra libertad,  
 alegará antigüedad,  
 y, guardársela es razón.

Dama tengo yo en Valencia  
 con que despicar enojos,  
 menos crédula en sus ojos,  
 y más constante en mi ausencia.

En *La Arcadia* que leístes,  
 aunque hay celos cortesanos,  
 no hallastes venganza en manos,  
 ni mudanzas aprendistes;  
 y quien estilos no guarda  
 de amores que imitar quiso,  
 no es bien los logre en Anfriso,  
 pues no ha sido Belisarda.

Ella es firme y fácil vos;  
 pero contra tales daños  
 templos hay de desengaños  
 donde sane Anfriso. ¡Adiós!

*Vase FELIPE*

LUCRECIA: Felipe, mi bien, aguarda,  
 cesen venganzas violentas;  
 si, como Anfriso, te ausentas,  
 morirás Belisarda.

Yo me cortaré la mano,  
 ocasión de tus enojos;  
 yo me sacaré los ojos  
 que dieron crédito vano  
 a culpas que no hay en ti.  
 Árboles, ¿no le estorbáis?  
 Arroyo, ¿no le atajáis?  
 ¡Fuése, cielos! ay de mí!

Pastoriles sutilezas,  
 si me enseñastes a amar  
 ya me podéis enseñar  
 soledades y tristezas.

*Arcadía*, dedidme vos  
 con qué paciencia y aviso  
 llevará ausencias de Anfriso  
 Belisarda; y si los dos  
 distantes tuvieron seso  
 para sufrir soledades  
 que en remisas voluntades  
 corduras solas confieso.

Celos le volvieron loco  
 a Anfriso, y pues no perdió  
 ella el seso, muestra dio  
 que amaba a su pastor poco.

Mas vale en que yo le pierda  
 y en fe de que sé querer,  
 con Anfriso loca ser  
 que con Belisarda cuerda.

¡Flores, que ya espinas piso!  
 ¡Fuentes a quien llanto doy!  
 ¡Confesad que loca estoy  
 o restauradme a mi Anfriso!

*Salen CARLOS, ROGERIO, CONRADO, HORTENSIO,  
 ALEJANDRA y ÁNGELA*

CARLOS: ¿Hay más furioso villano?

ROGERIO: Muérte os da, a no defenderos.

CARLOS: Si la vida he de deberos  
 buscadle, que será en vano  
 mientras no me vengo de él  
 hacer de mi vida caso.

LUCRECIA: ¡Zarzas, atajadle el paso!  
 ¡arroyos, corred tras él!

ALEJANDRA: Prima.

HORTENSIO: Alejandra.

CARLOS: Señora.

LUCRECIA: Belisarda soy, pastores.  
 Mi Anfriso ausentan traidores

¿qué hará sin él quien lo adora?

CONRADO: ¿Qué novedades son éstas?

ÁNGELA: Loca la condesa está.

LUCRECIA: Viviréis contentos ya;  
 haréis en Arcadia fiestas,  
 pastores del Erimanto,  
 que Anfriso se fue al Liseo.  
 Cumplió a la envidia el deseo  
 vuestro rigor y mi llanto.  
 Industrias de Galafrón  
 y celos de Leriano,  
 mi Anfriso ausentan en vano  
 pues le guarda el corazón.

HORTENSIO: ¿Qué Arcadia, qué Galafrones  
 son éstos?

ÁNGELA: Bien dijo yo  
 desde que Lucrecia dio  
 en leer prosas y canciones  
 de esta *Arcadia*--¡Oh, maldición!--  
 que el seso había de perder.

LUCRECIA: Ausencias, no han de poder,  
 malicioso Galafrón,  
 causar en mi amor olvido.  
 Bronce soy, columna, roca.

ROGERIO: ¡Vive el cielo que está loca!

CARLOS: Quemad los libros que han sido  
 ocasión de este accidente.

LUCRECIA: ¿Por una mano que di,  
 pastor, me dejas así?

HORTENSIO: Tenedla.

LUCRECIA: Mi Anfriso ausente,  
 no quiero gusto, ni vida.

CARLOS: ¡Oh! Maldiga el cielo, amén  
 la *Arcadia* y libros también  
 que engañan gente perdida.

ALEJANDRA: Prima mía, vuelve en ti.

LUCRECIA: ¿Cómo, si soy Belisarda?  
 ¿Y tú, cautelosa Anarda,  
 me usurpas Arifriso así?

ALEJANDRA: ¿Yo Anarda, prima? ¿Qué es esto?

LUCRECIA: Tú, cavilosa pastora  
siendo a mi amistad traidora  
en este estado me has puesto.

ÁNGELA: Alto, ella ha dado en glosar  
*La Arcadía* de Lope toda.

HORTENSIO: Sobrina.

LUCRECIA: Mal se acomoda  
quien no tiene gusto a amar,  
caduco padre, a Salicio.

HORTENSIO: ¿Quién es tu padre? ¿Qué aguardo?

LUCRECIA: Mi padre eres, Clorinaro.

HORTENSIO: Rematósele el jüicio.

CARLOS: ¡Condesa, señora mía!

LUCRECIA: Pues tu Olimpo me consuelas  
cuando sé de tus cautelas  
lo que intenta tu porfía.

CARLOS: A todos nos pones nombres.  
Basta, que Olimpo me llama.

LUCRECIA: El engaño al noble infama.  
¿Qué importa, traidor, que asombres,  
mi pastor con tus quimeras,  
si al fin vence la verdad?  
Yo le tengo voluntad.

CARLOS: ¡Alto! ¡Aquesto va de veras!

CONRADO: ¿Hay desgracia semejante?

#### *A CONRADO*

LUCRECIA: Menalca, si a Isbel adoras,  
premier gustos, celos lloras,  
en *La Arcadía*, firme amante  
llora mis penas también.

HORTENSIO: Menalca llama a Conrado.

LUCRECIA: A mi Anfriso ha desterrado  
la envidia, no mi desdén.  
¡Llanto será vuestra risa,  
prados, mi pastor ausente!  
Si tu amistad mi mal siente

consuérame tú, Leonisa.

ÁNGELA: También a mí me ha cabido  
mi título pastoril.

LUCRECIA: Huye del engaño vil  
de aquese Olimpo atrevido  
que con cautelas aguarda  
vengarse, mas no podrá,  
que firme celebrará  
*La Arcadia* a su Belisardo.

*Vase LUCRECIA*

ÁNGELA: Miren aquí qué provecho  
causan libros semejantes;  
después de muerto Cervantes  
la tercera parte ha hecho  
de *Don Quijote*. ¡Oh, civiles  
pasatiempos de estos días!  
¡Libros de caballerías  
y quimeras pastoriles,  
causan estas pesadumbres,  
y, asentando escuela el vicio,  
o destruyen el jüicio  
o corrompen las costumbres!

ALEJANDRA: (Tirso es, sin duda, el Anfriso Aparte  
que alegoriza Lucrecia.  
Si huyendo la menosprecia,  
y dar muerte a Carlos quiso,  
contra disfraces villanos  
indicios son de sabello,  
la curiosidad del cuello  
y blandura de las manos.)

ROGERIO: ¿Hay desdicha más extraña?

HORTENSIO: ¿Que un libro causa haya sido  
de que el seso haya perdido?

CARLOS: Bastaba ser él de España.

HORTENSIO: Vamos a poner remedio,  
si le hay, para tanto daño.

CARLOS: ¡Ay! ¡Quién con algún engaño

hallara, Conrado, medio  
 para poder persuadirla  
 que era yo su Anfriso amado!

CONRADO: En notable tema ha dado.

ROGERIO: Si no viene a reducirla  
 el tiempo y cura, tan loco  
 tengo de vivir como ella.

CARLOS: En adoralia y querella  
 yo lo estoy, o falta poco.

CONRADO: ¿No buscamos el pastor  
 que contra vos se ha atrevido?

CARLOS: Por el mayor mal olvido  
 mi agravio, pues es menor.  
 Esta *Arcadia* he de leer  
 para saber qué pastores  
 dan motivo a sus amores.

ROGERIO: Olimpo venís a ser.

CONRADO: Menalca a mí me llamó.

HORTENSIO: Clorinaro a mí.

ALEJANDRA: A mí Anarda.

ÁNGELA: Leonisa soy, Belisarda  
 ella y Erimanto el Po.  
 Miren, cuan desvanecidas  
 la tienen estas quimeras.

CARLOS: Basta, que el Po y sus riberas  
 son ya la *Arcadia* fingida.

*Vanse todos. Salen don FELIPE, de galán, y  
 PINZÓN, criado suyo*

PINZÓN: Con seis meses de ausencia  
 a las lenguas del vulgo das licencia.  
 Quién dice que, cansado  
 de Milán, y el blasón de ser soldado,  
 a España te volviste  
 descortés, pues que no te despediste,  
 del duque valeroso  
 ni de tu general, que generoso  
 capitán de caballos

te hizo, y no supiste gobernallos.  
 Quien dice que te han muerto  
 por algún licencioso desconcierto,  
 que a bisoños de España,  
 en Italia las más veces engaña  
 pensar que son señores  
 ya en casos de intereses, ya de amores.  
 Mira tú lo que haría  
 Pinzón que te aguardaba de día en día,  
 oyendo tantas cosas,  
 y las más, en tu agravio, poco honrosas.

FELIPE: Ya Pinzón te he contado  
 de mis amores el confuso estado.

PINZÓN: Medrado caballero,  
 de capitán, amante jardinero,  
 no esperaba otro fruto  
 si de Lucrecia fue marido bruto,  
 que se interpreta bestia,  
 sitio tal galardón por tal molestia.  
 Ya que en tales quimeras  
 flores plantabas ¿no nos escribieras?

FELIPE: Importaba el secreto,  
 que es la condesa dama de respeto.

PINZÓN: Pero no de alabanza,  
 pues pagó tus servicios con mudanza.

FELIPE: No tratemos en eso  
 si de celos no quieres pierda el seso.  
 Ya que a Milán he vuelto  
 de la prisión tirana de Amor suelto,  
 al gran duque de Feria  
 los pies quiero besar.

PINZÓN: ¿Y en qué materia  
 fundarás la disculpa  
 de la prolija ausencia que te culpa?

FELIPE: Diré que hice promesa  
 de ir a Roma.

PINZÓN: Muy tibia excusa es esa,  
 pues no se lo dijiste,  
 ni de tu general te despediste.

FELIPE: No faltarán colores

que me disculpara.

PINZÓN:                   Búscalos mejores,  
y seas bien venido  
si hijo pródigo, a casa reducido.

*Sale don PEDRO, de camino*

PEDRO:           ¿Si hallaré al duque en Milán?  
que no es digno este suceso  
de ignorarse.

FELIPE:           ¿Qué es eso?  
¿Qué fue?

PEDRO:           ¡Oh, señor capitán!  
huelgo de hallaros aquí.

FELIPE:    Don Pedro, ¿qué ha sucedido?

PEDRO:    Una desgracia, que ha sido  
la más nueva para mí,  
de cuantas hasta hoy he visto.  
De Valencia del Po vengo,  
que en fe del cargo que tengo  
siempre en su presidio asisto.  
Ya conocéis su condesa.

FELIPE:    Fénix es de la hermosura.

PEDRO:    Escuchad, pues, su locura,  
si de su desgracia os pesa.

FELIPE:    ¿Loca la condesa está?

PEDRO:    El trato y la inclinación  
con que honra a nuestra nación  
este mal pago la da.

Dio en aprender de manera  
nuestra lengua castellana;  
que por dama toledana  
su idioma enseñar pudiera.

Aficionóse después  
a los libros con que España  
en cualquier nación extraña  
blasón de las musas es.

Préciense de su elocuencia  
Petrarcas, Bocaccios, Dantes,

y otros héroes semejantes,  
ya en Italia, ya en Florencia,  
    que en ella los más discretos  
nos vendrán a confesar  
que Italia toda es hablar  
y España toda es conceptos.

    Dejóse llevar, de modo,  
de esta inclinación, que al fin  
retirándose a un jardín  
ocupaba el tiempo todo  
    en los libros que escribió  
el Apolo de Madrid.

FELIPE:     ¡Ése es Lope!

PEDRO:             Y, advertid  
que entre todos escogió.

*La Arcadia*, en cuyos pastores  
prados, fuentes, transformada  
de día y noche elevada  
celebraba sus amores,  
    recreándose en su historia  
aunque fabulosa, bella,  
tanto, que no hay verso en ella  
que no sepa de memoria.

    Paró aquesta ocupación  
en salir hoy de improviso  
diciendo que adora a Anfriso  
y que aquellas selvas son,  
    riberas del Erimanto  
de la Arcadia sus montañas,  
sus quintas, pobres cabañas,  
sus edificios encanto;

    las damas que están con ella  
Amarilis y Leonisas,  
Isbelias, Celias, Florisas,  
los caballeros que a vella  
    van, han de ser Galafrones,  
Celsos, Menalcas, Gasenos,  
Olimpos, Danteos, Mirenos,  
Frondosos y Coridones.

    Afirma que es Belisarda,

y que a su Anfriso destierra  
 la envidia que le hace guerra,  
 de quien, con su ausencia aguarda  
     dar a sus penas consuelo;  
 trueca galas cortesanas  
 por las sayas aldeanas  
 cofia, bríal y sayuelo;  
     escribe en troncos diversos  
 por las márgenes del Po  
 lo que en *La Arcadia* leyó;  
 canta llorando sus versos;  
     y si quieren apartarla  
 de este tema, no hay sufrirla,  
 de modo que, han de seguirla  
 los que intentan sosegarla.

Hasta aqueste extremo llega  
 si es fuerte una aprensión,  
 y de esta eficacia son  
 versos de Lope de Vega.

Sus amantes y parientes  
 de este caso lastimados  
 juntan los más afamados  
 médicos si en accidentes  
     de tan extraña locura  
 basta medicina humana,  
 porque el loco tarde sana  
 y el amor no tiene cura.

Lucrecia está, al fin, sin seso.  
 Sentid las nuevas que os doy  
 y adiós, que a contarle voy  
 al duque, aqueste suceso.

*Vase don PEDRO*

FELIPE: Yo soy la causa, Pinzón  
 de que Lucrecia esté loca;  
 mi ausencia es quien la provoca.  
 Bastante satisfacción  
     tengo, de que mis recelos

fueron sin causa fundados.

¡Maldiga Dios los cuidados  
que dan aparentes celos!

Yo la adoro, yo he de ser  
la salud de su locura

hechizo de su hermosura.

A Valencia he de volver;

sígueme, y no me aconsejes.

PINZÓN: ¿Agora sales con eso?

Más perdido está tu seso  
que el suyo; amantes y herejes  
sois de una especie, si dais  
en defender un error.

FELIPE: Todo este mal es amor.

PINZÓN: Locos, pues, todos estáis.

Si a Carlos has ofendido  
y otra vez allí te ven,  
¿piensas que has de librar bien?

FELIPE: Jardinero fuí fingido.

¿Médicos buscan agora?  
con su disfraz me aseguro.

PINZÓN: La vida por tí aventuro.

Presencia tengo dotora;  
vamos, y veras que Grecia  
me transforma en Esculapio.

FELIPE: ¡Ay mi loca!

PINZÓN: Berros y apio  
han de sanar a Lucrecia.

*Vanse los dos. Salen ALEJANDRA, HORTENSIO,*

*ÁNGELA, CARLOS, CONRADO Y ROGERIO*

ALEJANDRA: ¡Lastimosa desgracia!

CARLOS: Si le dura  
a Lucrecia este mal, yo que la adoro,  
imitación seré de su locura.

ÁNGELA: Sus años verdes malogrados lloro.

CONRADO: ¡Que a tanta discreción, tanta hermosura,  
un loco frenesí pierda el decoro!

HORTENSIO: Ya ha castigado justamente el fuego  
los libros, confusión de su sosiego.



LUCRECIA:       Asperos montes de Arcadia

que estáis mirando soberbios  
en mi llanto y vuestras aguas  
mi desdicha y vuestro extremo;  
fresnos en cuyas cortezas,  
papel de mis pensamientos,  
escribió el alma verdades  
contra inclemencias del tiempo;  
robles, si firmes, villanos,  
imitación de los pechos,  
constantes en perseguirme,  
villanos en sus deseos;  
murtas verdes y floridas,  
que hubiérades dado ejemplo  
a mis esperanzas locas  
a no secarlas recelos;  
jazmines, que a mis venturas  
imitáis en los contentos,  
pues se quedaron en blanco  
y en flor se desvanecieron;  
mosquetas, que tantas veces  
trébol y rosa os tejieron  
guirnaldas para un ingrato,  
flores antes, ya veneno;  
¡qué de noches gozó el alma  
castos entretenimientos  
que encubrió el temor al día,  
revelador de secretos!  
¡Qué de veces el aurora  
vio, dando quejas al sueño,  
porque usurpaban tiranos  
su jurisdicción, desvelos!  
¡Qué de fingidas promesas!  
¡Qué de vanos juramentos!  
¡Si temprano me engañaron  
tarde, o nunca, se cumplieron!  
¡Aquí, soledades mías,  
leí papeles, que tiernos  
por ser letras se borraron,  
por ser papel se rompieron!

¡Palabras en papel dadas  
 libran sus obras al viento;  
 que, en la desdicha, los gustos  
 se quedan siempre en deseos!  
 ¡Montes, fresnos, robles,  
 murtas, jazmines, mosquetas,  
 trébol, noche, aurora, día,  
 tarde, papeles, obras, deseos!...  
 ¡Todos me habéis, por adoraros, muerto!  
 ¡Tarde os conozco; cuando el daño es cierto!

HORTENSIO: No es bien, hija Belisarda,  
 martirizar tu sosiego  
 con memorias lastimosas  
 que han de aliviarse tan presto.  
 A la Arcadia vuelve Anfriso,  
 y desde el monte Liseo  
 te escribe amorosas cartas,  
 que, como tu padre, he abierto.  
 Tú eres, Belisarda mía,  
 de aquestas canas espejo,  
 ¿si le eclipsas con pesares  
 qué harán mis años postreros?  
 Vuelve a alegrar los pastores,  
 que en tu discreción tuvieron  
 conversaciones honestas  
 y lícitos pasatiempos;  
 háblalos.

LUCRECIA: ¡Oh Galafrón,  
 Menalaca, Olimpo, Enareto,  
 Anarda, Leonisa mía!  
 ¡Nunca el triste da contentos!  
 triste estoy, no puedo darlos;  
 perdonad mis sentimientos  
 Y asentaos, pues mis desdichas  
 me atormentan tan de asiento.

*Asiéntanse todos*

CONRADO: ¿Hay lástima semejante?

CARLOS: Tal estoy, que tengo celos  
de este Anfriso, aunque fingido.

ROGERIO: Yo lloro sus desconciertos.

*Sale un CRIADO*

CRIADO: Un médico, que de España  
pasa a Roma, y en sabiendo  
la enfermedad de Lucrecia,  
prometió darla remedio,  
desea verla.

HORTENSIO: Dile que entre;

*Vase el CRIADO*

que con españoles tengo  
en las letras tanta fe  
como en las armas sabemos.

*Sale PINZÓN de médico de risa, y don  
FELIPE a pasante*

PINZÓN: Beso a vuestras viserías  
las manos.

*A PINZÓN*

FELIPE: Pinzón, yo temo,  
si cual sueles bufonizas,  
que has de echarme A perder.

PINZÓN: Quedo.

HORTENSIO: Dios guarde al señor doctor.

PINZÓN: Sí guardará, que en efecto  
cada cual su hacienda guarda.  
Huélgame mucho de verlos

sentados entre las flores  
 aunque si fuera en invierno  
*disenteria* amenazaban  
 las humedades del suelo,  
 porque *in meribus erratis*  
 desde septiembre a febrero,  
 y aún a marzo, según otros,  
*in lapidibus* no es bueno  
 el asentarse, aforismo  
 de Dioscórides expreso,  
 conforme escribe Laguna,  
 confirmándolo Galeno,  
 y la experiencia lo dice  
 porque yo curé un divieso  
 que le nació a cierta moza  
 por sentarse en unos berros.

FELIPE: (¿Estás borracho, Pinzón?)

Aparte

PINZÓN: Las flores siempre tuvieron  
 sobre la melancolía  
 jurisdicción; dice aquesto  
 Hipócrates.

CARLOS: Buen humor  
 tiene el médico.

PINZÓN: Si al texto  
 de Avicena damos fe,  
 que fue el Esculapio nuestro,  
 dice, "*Capite, de partibus  
 medicorum,*" que el que es bueno  
 para hacer mejor su oficio  
 ha de ser jovial, discreto,  
 curioso en talle y vestido  
 para que alegre al enfermo,  
 y encajar de cuando en cuando  
 dos aforismos y cuento.  
 Por esto libran agora  
 en guantes y terciopelos,  
 los médicos de este siglo,  
 las ciencias que nunca oyeron.  
 Yo, que soy algo burlón,  
 y las circunstancias tengo

de gorgorán, mula y guantes  
 que al doctor hacen perfecto,  
 sabiendo hoy en la posada  
 la alteración de cerebro  
 que padece la condesa,  
 aunque a ser médico vengo  
 de su santidad, no quise  
 pasar de aquí, si primero  
 dando a la enferma salud,  
 no celebraba mi ingenio.  
 Díganme vusiñorías  
 quién es la paciente.

*Aparte a PINZÓN*

FELIPE:                    Necio.  
                                  ¿Quieres mirar lo que dices?

PINZÓN:     En el Nuncio de Toledo  
                                  y Hospital de Zaragoza  
                                  dirán la fama que tengo,  
                                  y los locos que a mi cura  
                                  deben la salud y el seso.

LUCRECIA:    Si para males de ausencia  
                                  habéis hallado remedio,  
                                  yo, doctor, la enferma soy.

PINZÓN:     Venga el pulso.

*Tómasele y dícele al oído*

Mensajero

soy de Anfriso, que me envía,  
 hermosa pastora, a veros,  
 que está por vos rematado  
 y anda el seso en bamboleos,  
 y porque teme la envidia  
 de sus contrarios soberbios,  
 en figura de doctor,  
 ya que no de albeitar, vengo

a visitaros.

LUCRECIA: ¿Qué dices?

PINZÓN: Disimulación, silencio.

*Alto*

Cuerpo de Dios, con la cura  
está su pulso algo trémulo,  
desigual, intercadente,  
y pesado; mas yo espero  
darla sana antes de un mes.

CARLOS: Yo os daré de oro su peso  
si esa promesa cumplís.

PINZÓN: Ojalá fuera un jumento  
para que pesara más,  
y yo quedara contento.  
Llegue acá, señor pasante;  
tiente aqúeste pulso.

LUCRECIA: ¡Ay cielos!

*Tómala el pulso don FELIPE*

¡Qué miro!

*A LUCRECIA*

FELIPE: Felipe soy;  
que corrido, mi bien, vuelvo,  
porque tu mal ocasiono.

PINZÓN: ¿Qué le parece?

FELIPE: Que temo  
circunstancias peligrosas.

*Señala a los que están allí*

Que contra su salud siento

poderosos accidentes.

PINZÓN: Siempre es ignorante el miedo.

Bien parece, licenciado,  
que estáis en los rudimentos.

LUCRECIA: (¡Ay mi bien!)                      Aparte

FELIPE:                      (¡Ay, loca mía!)                      Aparte

PINZÓN: Este frenesí molesto  
procede del *alrabilis*,  
quiero decir, de humor negro,  
mezclado con *la pituita*,  
y causado, a lo que entiendo,  
de leer libros profanos.

HORTENSIO: Acertó.

PINZÓN: Y como que acierto,  
para principio de cura  
se le haga un cocimiento  
de nabos y escaramujos,  
mirabolanos y puerros;  
dos onzas de polipodio,  
cuatro manojos de espliego,  
un ojo de un gato zurdo,  
y media azumbre de suero;  
cuézanse las cuatro partes,  
y aplíquense un clistel luego  
por preservar *almorroides*,  
coma perdigones nuevos,  
pavillas de a nueve meses  
y beberá vino añejo  
que *laetificat cor hominis*,  
cene pichones y huevos.  
Y porque me ha informado  
que estos males procedieron  
de leer libros pastoriles,  
y a los que no tienen seso  
contradecirles sus temas  
es de nuevo enfurecerlos,  
texto *non est irritandum*,  
y otros que de industria de  
fínjense todos pastores  
las metáforas siguiendo

de los libros que ha leído;  
 hagan bailes, canten versos,  
 y si los hay en sus libros,  
 inventen encantamientos  
 que, siguiéndola el humor  
 y divertida con esto  
 la medicina entretanto  
 podrá lograr sus efectos.

HORTENSIO: Este hombre es ángel sin duda  
 que nos ha enviado el cielo  
 para bien de mi sobrina.

CARLOS: Su parecer sabio apruebo.

PINZÓN: En pasiones de esta especie  
 según aforismos nuestros,  
 curándose poco a poco  
*sequere humoren* debemos.

*Hablan aparte don FELIPE y LUCRECIA*

FELIPE: Mi bien, para que podamos  
 hablamos más en secreto,  
 ¿qué te parece esta inlustria?

LUCRECIA: Que la trazan mis deseos;  
 así aseguras peligros  
 de pretendientes molestos  
 entre tanto que ocasiona  
 nuestro desposorio el cielo.

PINZÓN: ¿Qué renta come Lucrecia?

HORTENSIO: Treinta mil escudos.

PINZÓN: Bueno,  
 a su costa se ha de hacer  
 este pastoril enredo.  
 ¿No les parece?

CONRADO: Es la traza  
 digna de su entendimiento,  
 fénix de la medicina.

PINZÓN: Los que sus amantes fueron  
 finjan nombres de pastores,  
 sírvanla y hagan extremos;

que el que la agradare más,  
después de vuelta en su cuerdo,  
hallará en su voluntad  
mejor lugar.

ROGERIO: Eso es cierto.

CARLOS: Olimpo soy.

CONRADO: Yo Menalca.

ROGERIO: No es mal nombre el de Enareto.

ÁNGELA: ¿Dónde aprendiste, doctor,  
modo de curar tan nuevo?  
¿Sois portugués, o andaluz?

PINZÓN: Yo soy de nación gallego;  
mi natural Rivadavia,  
el doctor Parra mi abuelo,  
gran médico de infusiones,  
mi padre el doctor Sarmiento;  
yo, que de razón debiera  
llamarme conforme a questo  
también el doctor Racimo,  
porque no lo consintieron  
las aguas de aquel otoño  
que las viñas corrompieron,  
vine a llamarme en Castilla...

ÁNGELA: ¿Cómo?

PINZÓN: El doctor Alaejos.

ÁNGELA: Todos son nombres vinosos.

PINZÓN: Graduáronme por ellos,  
que dan borlas amarillas.  
Pero, las gracias dejemos,  
y mis recetas se pongan  
en orden.

LUCRECIA: Padre, yo tengo  
de ver las cartas que Anfriso  
me escribe, gusto y deseo.

HORTENSIO: Vamos, pues, mi Belisarda.

CARLOS: Alto, galanes, y a ello  
y vuélvanse nuestros montes  
los de Arcadia.

ALEJANDRA: (¿Qué embelecos Aparte  
son éstos sospechas mías?)

*A don FELIPE*

PINZÓN: ¿Qué te parece mi ingenio?

FELIPE: Loco, pero provechoso.

ALEJANDRA: No se ha de partir tan presto  
a Roma el señor doctor.

PINZÓN: ¡Jesús! Sanará primero  
la condesa y dejará  
fama al doctor Alaejos.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

## JORNADA TERCERA

---

*Salen PINZÓN de médico y don FELIPE,  
de pastor bizarro*

PINZÓN: Famosa va la maraña  
de nuestra Arcadia fingida.

FELIPE: Por inaudita y extraña  
no sé si ha de ser creída,  
cuando volvamos a España.  
Lucrecia, loca hasta aquí  
y ya cuerda, hace por mí  
los gastos que ves y extremos.

PINZÓN: A costa suya podremos  
entretenernos así.  
Que, pues cuenta al duque has dado,  
y al famoso Pimentel  
de este amor enmarañado,  
yo fío que salgas de él  
victorioso y desposado.

FELIPE: Espérola del favor  
que me hace su excelencia.

PINZÓN: ¿Y qué dices del doctor  
Alaejos? ¿Poca ciencia  
y mucho hablar?

FELIPE: De tu humor  
todo próspero suceso  
pienso, Pinzón, conseguir;  
no obstante que te confieso  
que, según me haces reír,  
cuando por curar el seso  
que Lucrecia haya adquirido  
tanto aforismo acuímulas

recelo ser conocido.

PINZÓN: Guantes, latines y mulas

autorizar han podido

toda doctora ignorancia,

y al médico más ruín

dan opinión y ganancia,

aforismos que en latín

se llaman pueblos en Francia.

Por lo menos, hasta agora,

el más bachiller me precia

por un Galeno.

FELIPE: Mejora

fingidamente Lucrecia,

y quien la ocasión ignora

se la atribuye al doctor.

PINZÓN: En Salamanca estudié

dos años, pero mi humor,

que siempre travieso fue,

tuvo a Marte por mejor,

siendo en Italia soldado

que a Esculapio, dios con flema.

En efecto, yo he mandado

que sigan todos el tema

en que nuestra loca ha dado

mientras sana poco a poco;

y con este fundamento

a sus amantes provoco;

que, en fín, si un loco hace ciento,

¿cuántos hará un doctor loco?

FELIPE: No ha quedado pretendiente,

amante competidor

que por tu industria no intente

ya vaquero, ya pastor,

disfrazarse.

PINZÓN: Es excelente

mi ingenio.

FELIPE: La primavera

a fiestas ocasionada,

la juventud novelera,

esta quinta celebrada,

estas selvas y ribera,

Todo se junta al deseo  
de ver mi Condesa sana.

PINZÓN: Y yo que soy el Teseo  
de aquesta Creta, aldeana,  
por uno y otro rodeo  
conde te pienso sacar.  
Finge ser Anfriso agora  
que acabaste de llegar  
celoso de tu pastora,  
y déjame enmarañar  
de suerte, aquestas quimeras;  
mientras de todos te burlas,  
Anfriso, de estas riberas  
que lo que tienen por burlas  
lloren los demás de veras.  
Y paso, que están ya aquí  
los fingidos ganaderos.

FELIPE: Bravas telas y tabí.

PINZÓN: Gastan como caballeros  
fuera de que no leí  
en *La Arcadia*, de zagal  
que no trajese el zurrón  
de perlas, de oro y cristal  
el cayado, y no es razón  
que aquí se vista sayal  
quien imita sus amores.

FELIPE: Impropiamente pintó  
su traje, Lope.

PINZÓN: No ignores  
que en *La Arcadia* disfrazó  
metafóricos pastores  
Lope, y que si apacentaban  
los ganados que regían,  
vistiendo telas mostraban  
así, el valor que encubrían  
más que el que representaban.

*Salen por una puerta bizarramente vestidos de pas-  
tores, CONRADO, CARLOS, ROGERIO y HORTENSIO; por otra con*

*ÁNGELA, LUCRECIA y ALEJANDRA, de pastoras, con cantarillas  
coronadas de albaca y claveles; todos salen  
cantando*

ELLAS: *Trébole--¡ay Jesús!--como huele el Arcadia.  
Trébole--¡ay Jesús!--qué olor.*

ELLOS: *Trébole--¡ay Jesús!-- dónde está Belisarda.  
Trébole--¡ay Jesús!--qué amor.*

ELLAS: *El Arcadia todo es flores.*

ELLOS: *Belisarda es toda amores.*

ELLAS: *Aquí cantan ruiseñores.*

ELLOS: *Aquí penan los pastores.*

ELLAS: *Aquí corre el Erimanto.*

ELLOS: *Aquí amores, risa y llanto.*

ELLAS: *Aquí hay gloria.*

ELLOS: *Aquí hay dolor.*

ELLAS: *Trébole--¡ay Jesús!--como huele el Arcadia.  
Trébole--¡ay Jesús!--qué olor.*

ELLOS: *Trébole--¡ay Jesús!-- dónde está Belisarda.  
Trébole--¡ay Jesús!-- qué amor.*

FELIPE: Si venís, bella pastora,  
después de ausencia tan larga  
con el agua que os encarga  
la que por vos mi alma llora,  
viértala el contento agora  
que os merece ver presente;  
que a fe, si advertís la fuente  
de donde amorosa brota,  
que os abraze cada gota  
pues aunque agua es agua ardiente.

Coronad la cantarilla  
de claveles y albahaca,  
que si el aurora la saca,  
yendo el sol a recibilla,  
vos, milagro y maravilla  
de la fuente, el prado y flor,  
caniculares de amor  
causáis a quien celos tiene,

pues sol que con agua viene  
 abrasa con más rigor.

LUCRECIA: Ya que en nuestro valle os veo,  
 gallardo Anfriso, a la risa  
 que el prado y la fuente avisa  
 imitará mi deseo,  
 mientras al monte Liseo  
 nuevas flores viéndoos distes,  
 y del Menalco estuvistes  
 ausente, no os cause espanto  
 que crezcan el Erimanto  
 nuestros ojos sin vos tristes.

Pagó la esperanza en flores  
 el agua que las cultiva;  
 que imita a la siempreviva  
 en los constantes amores;  
 ya que os ven nuestros pastores  
 y vuestra vista destierra  
 el llanto de nuestra sierra,  
 trofeos a esta agua den,  
 si en la paz parecen bien  
 los despojos de la guerra.

*Hablan aparte CARLOS y CONRADO*

CARLOS: Muy de veras y a lo amante  
 Conrado, habla este pastor.

CONRADO: Traza es toda del doctor  
 y este Anfriso es su pasante.  
 ¿Que sospecha hay que te espante  
 si así entretiene desvelos  
 de Lucrecia?

CARLOS: Mis recelos  
 me dicen, aunque te burlas  
 que los celos; ni aun de burlas,  
 Conrado, que al fin son celos.

CONRADO: Déjate de esto y llevemos  
 adelante esta maraña.

*Alto*

Ya que os ve nuestra montaña  
 Anfriso, volver podremos  
 a los festivos extremos  
 que, sin vos, se han suspendido.

CARLOS: Seáis, pastor, bien venido.

ROGERIO: Albricias al monte ha dado  
 porque os ve nuestro ganado  
 en vuestra ausencia perdido.

ÁNGELA: Si los pastores os dan  
 parabienes, las pastoras,  
 que os esperaban por horas,  
 gallardo Anfriso, ¿qué harán?

HORTENSIO: Las canas también están  
 alegres, en ver que os goza  
 nuestra Arcadia y se alborozan  
 la más larga senectud;  
 porque entre la juventud  
 el más viejo se remoza.

FELIPE: ¡Oh mayoral, Clorinaro,  
 Leonisa, Anarda, Enareto,  
 Menalca, amigo discreto,  
 Olimpo, rico y gallardo,  
 si siempre que vengo aguardo  
 gratulaciones solenes;  
 como éstas, por tales bienes  
 justo es sufra ausencias tales;  
 porque interesen mis males  
 tan festivos parabienes.

PINZÓN: Bueno está de cumplimientos;  
 mientras la siesta se pasa  
 del calor que el campo abrasa  
 reprimid atrevimientos.

FELIPE: Esta sombra nos da asientos.

*Siéntanse*

Divirtámonos un rato,  
 contra el sol, de Amor retrato,  
 pues si uno quema otro es fuego.

LUCRECIA: ¿De qué suerte?

PINZÓN: Armad un juego  
 de que me saquéis barato.

HORTENSIO: El mejor será que agora  
 le dé una prenda en favor  
 de juego, sino de Amor,  
 a cada uno una pastora,  
 y él en fe de que la adora  
 la celebre de repente  
 en verso.

CARLOS: ¡Traza excelente!

ALEJANDRA: ¡Vaya!

ÁNGELA: No quede por mí,  
 que en *La Arcadia* se hizo así  
 aunque a intento diferente.

LUCRECIA: Este mondadientes doy  
 a Anfriso.

ALEJANDRA: Yo quiero dar  
 a Menalca este cuchar  
 de enebro.

CONRADO: Premiado estoy.

ÁNGELA: Yo en fe de que presa soy  
 le doy en estos zarcillos  
 a Enareto, estos dos grillos.

LUCRECIA: Yo a Olimpo esta cinta negra.

CARLOS: Puesto que triste, me alegra.

ÁNGELA: ¿Sabéis versos?

PINZÓN: Sé escandillos.

ÁNGELA: Esta calabaza de oro  
 os doy, pues, señor doctor.

PINZÓN: Si no hay vino no hay amor,  
 sois fisgona y no lo ignoro.  
 Alaejos, Coca y Toro,  
 me den versos de improviso.

CARLOS: Tan poco Apolo me quiso  
 que no sé si he de saber  
 coplas de provecho hacer.

FELIPE: ¿Quién comienza?  
 LUCRECIA: Vos, Anfriso.

*Al mondadientes*

FELIPE: Prenda me han dado que a perder provoca  
 el seso. ¡Venturoso quien la alcanza!  
 pues si enloquece una desconfianza  
 tal vez vuelve el contento un alma loca.

Favor que entre claveles labios toca  
 de Belisarda no tema mudanza  
 pues para que sustente mi esperanza  
 diré que se lo quita de la boca.

Haga flecha de vos el amor ciego;  
 báculo sed en que mi dicha estribe;  
 cetro en mis celos, id a reducirlos.

Leña de Amor con que aticéis su fuego  
 y apoyo en su edificio; que Amor vive,  
 como es rapaz, en casas de palillos.

*Al cuchar*

CONRADO: Vivid ya satisfechos,  
 recelos, de un rigor  
 que al niño, dios de amor,  
 le quitan hoy los pechos.  
 En fe de los provechos  
 que Anarda le ha de dar  
 le quiere alimentar;  
 que es rica, y no parece,  
 pues la cuchar ofrece,  
 que negará el manjar.

*A los grillos*

ROGERIO: ¿Cómo os dirán sus pasiones,

Leonisa hermosa, mis quejas,  
 si adornan vuestras orejas  
 grillos que al fin son prisiones?  
 Desdenes y sinrazones  
 halla mi amor por despojos,  
 mas, cuando por darle enojos  
 aprisionéis los sentidos  
 huyendo de los oídos,  
 él se entrará por los ojos.

*A la cinta negra*

CARLOS:        Sobre negro no hay color,  
 antes muestra la que pinta  
 negro, mi primer favor,  
 que no ha de haber, negra cinta,  
 otro amor sobre mi amor.  
 Sin temor  
 vive ya mi confianza,  
 pues hoy los recelos pierde  
 de mudanza,  
 y dejando el color verde,  
 funda en negro su esperanza.

*A la calabaza*

PINZÓN:        No te honran mucho estas trazas  
 Leonisa, a mi parecer,  
 pues mitra debió traer  
 quien me ha dado calabazas.  
 Aunque castellanos viejos,  
 dirán que es buena señal,  
 pues nunca se llevan mal  
 calabazas y Alaejos.  
 Favoreciendo me enfadas,  
 porque en darme, prenda mía,  
 la calabaza vacía,  
 me das de calabazadas.

Múdala, o en paz y en salvo  
 mi amor se desembaraza,  
 que favor de calabaza  
 sólo se ha de dar a un calvo.

*Levántanse. Tocan trompetas,  
 chirimías y toda la música; cáese abajo todo  
 el lienzo del teatro y quede un jardín lleno de flores y  
 hiedra. A la mano derecha esté un purgatorio y en  
 él penando algunas almas, y a la izquierda un infierno y  
 en él colgado uno y otro en una tramoya, y una sierpe y un  
 león a sus lados; arriba, en medio de esto, en otra parte,  
 una gloria y en ella Apolo sentado en un trono con una corona de  
 laurel en la mano*

LUCRECIA: ¿Qué es esto?

PINZÓN: El pastor Criselio,  
 que aunque pastor nigromante,  
 consoló en su cueva a Anfriso  
 cuando lloraba pesares,  
 en figura de romero,  
 según cuenta en sus anales  
*La Arcadia*, tercero libro  
 folio ciento y cuatro, os hace  
 ostentación de su ciencia.  
 Todo hombre debe acordarse  
 cuando en los montes de Italia  
 perdimos a don Beltrane,  
 digo, al peregrino Anfriso,  
 que llegando a consolarle,  
 le enseñó el pastor Criselio;  
 héroes de Apolo y de Marte,  
 como son Rómulo y Remo,  
 César, Licurgo, Alejandro,  
 Aquiles, Vamba, Aníbal,  
 las cuatro matronas graves,  
 Semíramis, Artemisa,  
 Cenobia y la que dió al áspid  
 el pecho, el alma al infierno,  
 y a Marco Antonio su sangre,  
 imágenes y epitafios

al Rey de Aragón don Jaime,  
 al Cid, a Bernardo el Carpio  
 y al gran Gonzalo Fernández.  
 Éste, pues, a instancia mía  
 hoy os quiere hacer alarde  
 de sus mágicos secretos,  
 porque apariencias no falten.

LUCRECIA: ¡Gran sabio!

CARLOS: ¡Espantosa vista!

HORTENSIO: Es Criselio hombre notable.

ALEJANDRA: ¿Y qué significa aquesto,  
 si es que puede interpretarse?

PINZÓN: Éste es Parnaso de Apolo,  
 y todos los circunstantes  
 son poetas.

FELIPE: ¿Y quién son  
 los que están a estas dos partes?

PINZÓN: El Parnaso se compone  
 de tres senos o lugares:  
 gloria, infierno y purgatorio.

ÁNGELA: ¡Qué llamas tan espantables!

PINZÓN: Los de la mano derecha,  
 porque mejor se declare,  
 en letras góticas dicen,  
*Parnaso crítico.*

LUCRECIA: Trance  
 es de temer. Mas ¿por qué  
 penan?

PINZÓN: Pecados veniales  
 son las palabras ociosas,  
 que con fuego han de purgarse;  
 vocablos impertinentes,  
 que fuera de sus lugares  
 están, como carne huída;  
 son los que en nuestro lenguaje  
 proponen los adjetivos,  
 latinizan el romance  
 y echan el verbo a la postre,  
 como oración de pedante.  
 Dicen que está en el infierno

su primer dogmatizante,  
 que introducir nuevas sectas  
 no es digno de perdonarse.  
 Penan en el purgatorio  
 sus discípulos secuaces,  
 por no pecar de malicia,  
 que los más son ignorantes.

ROGERIO: ¿Y quién son?

PINZÓN: Este es *Candor*,  
 aquél se llama *brillante*,  
*Émulo* aquél y *Coturno*  
 el otro; aquél el *Celaje*,  
*Cristal animado* el otro;  
*Hipérbole*, *Pululante*,  
*Palestra*, *Giro*, *Zerúleo*,  
*Crepúsculos* y *Fragantes*  
 murieron con contricción,  
 y quisieron enmendarse,  
 mas no tuvieron lugar.  
 Rueguen a Dios que los saque  
 de penas de Purgatorio,  
 que a fe que hay entre ello fraile  
 que habla prosa vascongada  
 y versos trilingües hace.

FELIPE: Y ¿quién son los del infierno?

PINZÓN: Leed esas letras grandes.

FELIPE: *Parnaso cómico* dicen.

LUCRECIA: Y éstos ¿no pueden salvarse?

PINZÓN: No han de ir al cielo de Apolo.

LUCRECIA: ¿Por qué culpa?

PINZÓN: Detestables.

¿No es hacer moneda falsa  
*crimen lese majestatis?*

LUCRECIA: Claro está.

PINZÓN: Pues éstos venden  
 a todo representante  
 comedias falsas; con liga  
 de infinitos badulaques  
 han adulterado a Apolo  
 con tramoyas, maderajes

y bofetones, que es dios  
 y osan abofetearle,  
 y están corridas las musas  
 que las hacen ganapanes,  
 cargadas de tantas vigas,  
 peñas, fuentes, torres, naves,  
 que las tienen deslomadas,  
 y así las mandan que pasen  
 penas y cargas eternas  
 a sus culpas semejantes,  
 y las atormenten sierpes  
 arpías, gritos, salvajes,  
 que son los que en sus comedias  
 introducen ignorantes,  
 dando al ingenio de palos.

LUCRECIA: Quien tal hace, que tal pague.

CONRADO: ¿Quién es aquél que se quema?

PINZÓN: Un poeta vergonzante  
 que pide trazas de noche  
 de limosna.

CONRADO: ¿No las hace?

PINZÓN: No es hombre de traza el pobre,  
 que hay poetas oficiales  
 que cosen lo que les corta  
 el maestro.

ÁNGELA: No le alaben  
 de ingenio a ése.

ALEJANDRA: ¿Y aquél?

PINZÓN: Es un poeta de encaje,  
 que en una comedia mete,  
 como si fuera ensamblaje,  
 cuatro pasos de las viejas  
 redondillas y romances  
 con todas sus zarandajas.

LUCRECIA: Vena estéril.

FELIPE: No le llamen  
 al tal sino remendón,  
 y cuando escriba le manden  
 sentar sobre una banqueta,  
 pues echar tacones sabe.

PINZÓN: Llevan sus muchachos éstos  
que pregonan por las calles,  
en vez de "¿hay zapato viejo?"  
"¿hay comedia vieja?"

CARLOS: Pasen  
por poetas de obra gruesa,  
y lléñenles los costales  
papelistas de la legua  
en ese oficio tratantes.

ALEJANDRA: ¿Quién es aquél que en la silla  
tan autorizado y grave  
tiene en la mano el laurel  
borla del Petrarca y Dante?

PINZÓN: Ésa es la gloria de Aolo,  
y, aquél el dios que las llaves  
tiene del entendimiento,  
y premiar al docto sabe;  
la corona es para quien,  
escribiendo dulce y fácil,  
sin hacerle carpintero,  
hundirle ni entramoyarle,  
entretiene al auditorio  
dos horas, sin que le gaste  
más de un billete, dos cintas,  
un vaso de agua o un guante,  
ése se coronará.

ALEJANDRA: ¿Y los demás?

PINZÓN: Que se abrasen;  
pues dándonos pan de palo,  
los ingenios matan de hambre.  
Los que quisieran saber  
los misterios importantes  
que el sabio Criselio enseña  
a los pastores amantes,  
a su cueva los convida.

LUCRECIA: Entremos todos a hablarle.

CARLOS: Satírico es el doctor.

ÁNGELA: Y sus burlas agradables.

*Encúbrese todo con música; vanse y*

*quedan solos PINZÓN y ALEJANDRA*

ALEJANDRA: Esperad, señor doctor,  
 en enredos graduado,  
 que ya yo sé que os han dado  
 borla de embelecador.  
 ¿Vos pensáis que yo no sé  
 vuestras socarronerías?  
 Médico en bellaquerías  
 que ayer mochillero fue  
 y hoy a Galeno interpreta,  
 yo diré quién sois a todos;  
 de vuestra traición los modos  
 veremos si halláis receta  
 de palos preservativa.

PINZÓN: (¡Oxte, putó! Esto va malo. Aparte  
 contra enfermedad de palo  
 no hay Hipócrates que escriba.)  
 ¿Así se pierde el respeto  
 de mi autoridad, señora,  
 a mi presencia doctora?

ALEJANDRA: Burlador, ya sé el secreto  
 que a vos y a vuestro señor  
 en nuestra quinta disfraza,  
 y que con aquesa traza  
 Lucrecia encubre el amor  
 que tiene al fingido Anfriso.  
 Desde Valencia a Milán  
 vino, donde es capitán;  
 de todo me ha dado aviso  
 un español del presidio  
 que en nuestra ciudad está.  
 ¡Mal vuestro amo logrará  
 metamorfosis de Ovidio!  
 Ya hortelano, ya pasante,  
 ya pastor de esta ribera,  
 que su amorosa quimera  
 no ha de pasar adelante;  
 ni consienten mis desvelos,

médico embelecador,  
que pues no paga mi amor  
aumente con él mis celos.

Yo diré que es don Felipe,  
que ni está loca Lucrecia,  
ni con maraña tan necia  
es bien que se me anticipe;  
caballeros hay aquí  
señores y potentados  
que vengarán mis cuidados,  
a pesar del frenesí  
que la condesa ha fingido;  
pagándoos la cura a vos  
a palos.

PINZÓN: ¡Cuerpo de Dios  
con quien dotor me ha metido!  
¿No ves que echas a perder  
toda la Arcadia con eso?  
También tú has perdido el seso;  
que te cure has menester.

ALEJANDRA: Pícaro disimulado,  
¿Vos á Anfriso me quitáis?

PINZÓN: ¿Díjelo yo?

ALEJANDRA: ¿Vos curáis,  
médico desatinado,  
la condesa a costa mía,  
para que yo el seso pierda  
loca Alejandra, ella cuerda?  
¿Hay tan gran bellaquería?

*Da voces*

Carlos, Hortensio. ¡Oh, qué bueno  
iba el enredo, Jesús!

PINZÓN: ¡Paso, lleve Belcebú  
a Avicena y a Galeno,  
con cuantos médicos viejos  
inventó la medicina,  
purgas, jarabes y orina

y al licenciado Alaejos  
 que es la mayor maldición!  
 Si la voluntad supiera  
 que a mi amo tienes, yo hiciera  
 que pagara tu afición,  
 pues no está por la condesa  
 don Felipe, tan picado,  
 que no haya considerado  
 lo que contigo interesa.

*Sale LUCRECIA*

LUCRECIA: Voces oigo en el jardín.  
 Alejandra y el doctor  
 las dan.

ALEJANDRA: ¿Que me tiene amor?

LUCRECIA: Saber intento a qué fin  
 ha sido la riña y voces,  
 desde esta murta escondida.

PINZÓN: Quiérete como a su vida;  
 mal a mi señor conoces.

Él me lo ha dicho mil veces.  
 Verdad es que enamorado  
 de Lucrecia, y disfrazado  
 con la fuerza que encareces  
 por Lucrecia ha estado loco,  
 y en esta *Arcadia* maldita  
 el pastor Anfriso imita.

Mas viéndote, poco a poco,  
 su amor primero se enfría,  
 y ya en el tuyo se abrasa.

LUCRECIA: ¡Ay, cielos! ¿Aquesto pasa?  
 ¿Qué escucháis, desdicha mía?

PINZÓN: Como hay tantos imposibles  
 que a mi dueño han de estorbar  
 cuando se intente casar,  
 su ejecución...

LUCRECIA: ¡Qué terribles  
 desengaños!

PINZÓN:                Tanto conde,  
 tanto duque italiano  
 contra un pobre valenciano,  
 a sus deseos responde  
 que en Alejandra se muden.

ALEJANDRA:    ¿Pues cómo nunca me ha dado  
 señales de su cuidado?

PINZÓN:        ¿Qué amantes hay que no duden  
 declararse? Si él supiera  
 las finezas de tu amor.

ALEJANDRA:    Ya las sabe.

LUCRECIA:        ¡Oh, vil doctor!  
 ¿Nos curáis de esa manera?  
 Yo haré que os salga la cura  
 costosa, por vuestro mal.

PINZÓN:        Espera a su general;  
 y para esta coyuntura  
 guarda el decirte su amor;  
 porque, discreto desea  
 que tal caballero sea  
 testigo de su valor.

ALEJANDRA:    Si él aborrece a Lucrecia  
 y eso, doctor, es verdad  
 ya sabéis mi calidad.

PINZÓN:        Es la condesa una necia.  
 ¿Tenéisle por hombre, vos,  
 que se había de casar  
 con una loca?

ALEJANDRA:        El amar  
 todo es locura.

PINZÓN:        ¡Por Dios,  
 que os adora!

ALEJANDRA:        ¿Pues de qué  
 sirve el fingir que es Anfriso?

PINZÓN:        Pretende con este aviso,  
 entretanto que aquí esté,  
 veros para declararse  
 cuando su general venga,  
 y que la condesa tenga  
 sosiego para curarse;

que si va a decir verdad  
 ¿a qué mármol no lastima  
 ver sin seso a vuestra prima?

LUCRECIA: ¡Buena capa de piedad!

ALEJANDRA: Pues bien; ¿cómo daréis vos  
 traza de que me asegure  
 él mismo, y que me lo jure?

PINZÓN: Yo haré que os habléis los dos  
 esta tarde, y me dé albricias  
 de las nuevas que le llevo;  
 fuera que un enredo nuevo  
 era de asegurar malicias  
 de esta gente.

ALEJANDRA: ¿De qué modo?

PINZÓN: ¿En *La Arcadía* no fingió  
 Anfriso que a Anarda amó?

ALEJANDRA: Ya he leído el libro todo;  
 y celos de Belisarda,  
 le hicieron disimular  
 que a Anarda empezaba a amar.

PINZÓN: ¿Pues vos no sois aquí Anarda?

ALEJANDRA: Sí.

PINZÓN: Diréle yo a Lucrecia  
 que porque mejor se imite  
*La Arcadía*, si lo permite,  
 muestre que a Anfriso desprecia,  
 y que a Olimpo favorece;  
 porque Carlos ha tenido  
 noticia de que el fingido  
 pastor que la desvanece,  
 es un español que viene  
 con esta industria a usurparle  
 su dama, y que asegurarle  
 porque no lo crea, conviene.  
 Harále favorecerla,  
 y Anfriso, de esta mudanza  
 quejoso, para venganza  
 de su agravio y ofenderla,  
 dirá que es ya vuestro amante,  
 y que se quiere casar

con vos.

ALEJANDRA: ¿Y en qué ha de parar?

PINZÓN: Diréle que es importante  
a todos, para que el seso  
cobre Lucrecia, que vea  
que el Anfriso que desea  
tiene esposa.

ALEJANDRA: Bueno es eso.

PINZÓN: Porque viéndole casado,  
y que imposible ha de ser  
llamarse ya su mujer,  
ya que en este tema ha dado,  
cobre así perfecta cura,  
pues según dice Galeno,  
veneno, contra veneno,  
contra locura, locura.  
Todos acreditarán  
mi parecer y opinión,  
y aprobando mi razón  
vuestras bodas fingirán,  
y creyendo que es Lucrecia  
de burlas el casamiento,  
deshecho el encantamiento  
se quedará para necia.

LUCRECIA: ¡Bien el médico me trata!

ALEJANDRA: Conclúidlo vos así  
y satisfacéos de mí,  
que os pagaré.

PINZÓN: ¿En oro o plata?

ALEJANDRA: En uno y otro. Más... quedo;  
que sale Lucrecia.

PINZÓN: ¿Quién?

ALEJANDRA: La condesa.

PINZÓN: ¡Por Dios, bien  
si ha escuchado nuestro enredo!

ALEJANDRA: No sé, mas por sí o por no  
decid que estoy indispuesta.

PINZÓN: El pulso, esotro; aunque es ésta

*Tómale el pulso a las dos manos*

calentura, bien sé yo  
de lo que os ha procedido.

LUCRECIA: ¿Qué hacéis los dos aquí?

PINZÓN: Está  
mala Alejandra, y será  
de que esta tarde ha comido  
almendrucos indigestos;  
tiene el pulso destemplado  
como barro; ha merendado  
fiambre, y son manifiestos  
principios de apoplegía.  
*Vide Averroes juxta textum,  
crudum super indigestum,  
febrem pestilentem cría.*  
Pero váyase a acostar,  
y para preservación  
háganla una fricación  
de piernas, y luego echar  
mil y quinientas ventosas.

ALEJANDRA: ¿Cuántas?

PINZÓN: Apela, si cuentas  
hoy con las mil y quinientas,  
que todas son provechosas.  
Mas no la echen sino seis,  
la una de ellas fajada,  
que esto a Laguna le agrada,  
*De encurbitis.*

LUCRECIA: No echéis  
a perder tanto aforismo  
que sois prodigio, doctor.  
Ve a acostarte tú.

ALEJANDRA: Mejor  
me siento.

LUCRECIA: (En extraño abismo Aparte  
me anegáis recelos vanos.)

ALEJANDRA: Pero iréme, con todo eso,  
a reposar.

## Vase ALEJANDRA

LUCRECIA: (¡Pierdo el seso! Aparte

¡Ay hombres, todos livianos!

Decid, doctor. ¿Por ventura  
es de vuestra facultad,  
después que a la enfermedad  
pulsos toca y pone en cura  
ser en amores tercero?

PINZÓN: (¡Por Dios, que nos atisbó!) Aparte

LUCRECIA Que Galeno, no sé yo  
que fuera casamentero.

PINZÓN: Señora, por todo pasa  
el que dar salud procura.

LUCRECIA: El médico sólo cura  
y el cura sólo es quien casa.

Mas si la jurisdicción  
ajena usurpastes ya,  
por vos el vulgo dirá  
desde hoy, y tendrá razón,  
"Cura que en la vecindad  
cura con desenvoltura,  
¿Para qué le llaman cura  
si es la misma enfermedad?"

PINZÓN: ¿Pues que tenemos para eso?

¿Qué varetas me tiráis?

LUCRECIA: Basta; que a Anfriso casáis  
y a mí me curáis el seso.

PINZÓN: ¡Qué bien que estáis en el caso!

Si a Alejandra no engañara  
de este modo, declarara  
nuestro enredo.

LUCRECIA: ¡Paso, paso!

PINZÓN: Paso, o envido, ella sabe  
el nombre de mi señor,  
su patria, hacienda y valor,  
si es villano, si hombre grave;  
si es de veras vuestro mal  
o de amor traza sutil.

LUCRECIA: ¿Vos, un médico civil  
 contra mí tan criminal?  
 ¡Villano!

PINZÓN: (Esto va muy malo. Aparte  
 ¿Mas que soy tan venturoso,  
 que sin sentirme buboso  
 me manda tomar el palo?)

*Sale don FELIPE*

FELIPE: (¿Qué disparates son éstos Aparte  
 de Alejandra y de Pinzón?)  
 ¿Qué bodas o enredos son,  
 decid, estorbos molestos,  
 los que acaba de decirme?  
 Mas aquí Lucrecia está;  
 mi pastora.

LUCRECIA: Cesó ya  
*La Arcadia*, ya no fingirme  
 ni loca, ni Belisarda.  
 Alejandra es vuestra esposa,  
 discreta, rica y hermosa  
 para casarse os aguarda.  
 Pinzón fué el casamentero;  
 gocéis el dichoso estado  
 que, de tal mano, tal dado,  
 tal boda de tal tercero;  
 que yo, pues *La Arcadia* cesa,  
 que tan en mi daño fué,  
 con Carlos me casaré,  
 no pastora, mas condesa.

*Vase LUCRECIA*

FELIPE: ¿Mi bien? ¿Condesa? ¿Señora?  
 ¿A Lucrecia, a Belisarda?  
 Traidor, ¿qué desdicha es ésta?  
 ¿Qué le dijiste a Alejandra?

¿Qué embelecos has fingido?  
 ¿Qué bodas son las que trazas  
 para matarme con ellas?  
 ¿Por qué me ofende y se agravia?

PINZÓN: Eso sí, echarme la culpa  
 cuando es justo darme gracias,  
 porque a Alejandra impedí  
 el echar por la ventana  
 el bodegón.

FELIPE: ¿Estás loco?

PINZÓN: Borracho al menos estaba  
 cuando me metí en dibujos  
 que agora tan mal me pagas.  
 Si Alejandra te conoce;  
 si sabe tu nombre y patria;  
 lo que adoras a Lucrecia;  
 los engaños de esta Arcadia;  
 si para decir quién eres  
 voces, como loca, daba,  
 llamando los caballeros  
 que aquí mi ingenio disfrazo,  
 ¿cómo te parece a ti  
 que había de asegurarla  
 y excusar todo un diluvio  
 de palos a mis espaldas,  
 si no es urdiendo quimeras  
 y diciendo que te abrasas  
 por ella? Si se escondió  
 para acecharnos tu dama  
 ¿es adivino un doctor?

FELIPE: Tú dijiste que yo amaba  
 a Alejandra.

PINZÓN: ¿Qué querías?

FELIPE: ¿Y lo escuchó Belisarda?

PINZÓN: El amor todo es orejas.

FELIPE: Pues si con Carlos se casa,  
 ¿qué he de hacer, traidor, yo agora?

PINZÓN: Mondar nísperos.

FELIPE: Tú causas  
 mi muerte, tú me destruyes.

PINZÓN: Siendo dolor, ¿tú pensabas  
que habia yo de ser menos  
que los que curando matan?

FELIPE: ¡Traidor! Yo no te decía  
que tus bufoniles gracias  
a perder me habían de echar?

PINZÓN: Alto. ¿Yo he de ser la vaca  
de la boda?

FELIPE: ¡Vive Dios  
villano! Pues que me matas  
que has de morir tú primero.

*Saca un cuchillo de monte*

PINZÓN: Miren aquí en lo que para  
un injerto de dotor  
y mochilero. ¡Oh, mal haya  
quien por tí, ha revuelto libros,  
jarabes, purgas y calas!

FELIPE: Una pierna he de cortarte,  
escoge.

PINZÓN: Es cojo quien anda  
con solamente una pierna,  
pero córtalas entrambas  
que no estoy para escoger.

FELIPE: ¡Traidor! Lucrecia casada,  
¿qué he de hacer por tí?

PINZÓN: ¿Ya es barro  
a falta de ella Alejandra?

FELIPE: ¡Oh bufón, borracho, loco!

*Tírale de las orejas*

PINZÓN: ¡Aquí de Dios! ¡Que me sacan  
de las sienes las orejas!  
¿Hasta cuándo has de tirarlas?

*Salen CARLOS, ROGERIO y CONRADO*

CARLOS: ¿Quién alborota la quinta?

CONRADO: Voces dan desentonadas.

Pero ¿no es éste el doctor?

PINZÓN: Vuelve a ponerme la capa

y disimula, que yo

desenojaré a tu dama.

¡Maldiga Dios quien te sirve!

*Compónese*

ROGERIO: ¿Qué es esto?

PINZÓN: Riñas de casa;

es éste, nuestro pasante,

una mula con albarda.

Sácame de mis casillas.

¡Jesús, Jesús!

CARLOS: ¿Pues qué pasa?

PINZÓN: Examinábale agora

de la suerte que curaba

un romadizo y responde

que de la vena del arca

le saquen seis escudillas;

miren que médico sangra

con romadizo; un jumento

sois, un buey. Decid, ¿no manda

*Galeno inflebotomía*

*minutiones sine causa,*

*maxime en los romadizos*

*medici prudentes caveant?*

Los romadizos se curan

*vigilia jejunio,* y sanan

con humo de quina quina

y con unguento de ranas.

¿Dónde hallaste vos ser bueno

contra la pasión de rabia

el emplastro de orejones?

Aun en la modorra--¡vaya!--

Bueno es tirar las orejas  
pero no con fuerza tanta  
que del casco se las saquen.

FELIPE: (Este loco disparata. Aparte  
¿Y ha de dar con todo en tierra?  
A buscar mi Belisarda  
voy, que si disculpas oye  
yo vendré a desenojarla.)

*Vase don FELIPE*

PINZÓN: Corrido va de vergüenza  
el pasantón.

ROGERIO: Poca causa  
os dió de descomponeros.

PINZÓN: Si la paciencia me acaban  
las necedades que dice,  
¿señores, qué quieren que haga?  
Háme roto las orejas  
con una y otra alcaldada.  
Mas él me lo pagará  
o no seré yo, esto basta.

*Vase PINZÓN. Salen LUCRECIA, HORTENSIO,  
ÁNGELA y ALEJANDRA*

LUCRECIA: Esto, padre, se ha de hacer.  
Yo estoy ya desengañada  
de que Anfriso no me quiere  
por casarse con Anarda.  
Mi esposo ha de ser Olimpo,  
pues si voy contra el *Arcadia*  
que afirman que se casó  
con Salicio Belisarda,  
mi amor, que puede, dispensa,  
y para cobrar venganza  
de mis agravios, importa.

HORTENSIO: Digo, hija, que se haga

tu gusto.

CARLOS: Aunque sea fingido,  
dente, Amor, mis esperanzas  
las gracias de aquesta boda,  
pues es señal de que me ama  
mi condesa. Dala seso  
que es lo que agora la falta,  
y representa de veras  
lo que de hoy burlas ensayas.

LUCRECIA: Pues, padre, cúmplase luego.

CONRADO: ¿Qué es esto?

HORTENSIO: Locas mudanzas  
de Lucrecia, que seguimos,  
como veis, por sosegarla.  
Dice que ha de desposarse  
hoy, con Olimpo; llevadla  
el humor, fingid sus bodas  
y dadle el parabién.

ROGERIO: Vaya;  
aunque a Carlos tengo envidia.

HORTENSIO: Todo es de burlas.

ROGERIO: Las llamas  
aunque de burlas las toquen  
de veras queman y abrasan.

ALEJANDRA: Muchos años hoy gocéis  
discreta y bella serrana,  
para gloria de estos montes.

LUCRECIA: Y vos, venturosa Anarda,  
logréis el amor de Anfriso.

CARLOS: Hágase un torneo de agua  
esta tarde, que ya tengo  
en nuestro Erimanto barcas.

ÁNGELA: Así en la Arcadia se hizo  
en las bodas malogradas  
que nuestra pastora imita.

LUCRECIA: Soy de esotra semejanza.

HORTENSIO: Dense las manos los dos.

*Baja don FELTPE en una nube y quédase abajo,  
y al mismo tiempo arrebatada otra a CARLOS y vuela arriba*

FELIPE: ¡Oh traidora Belisarda!

PINZÓN: Esto mismo dijo Anfriso  
 cuando la cinta le daba  
 a Olimpo, loco de celos;  
 mas hoy por mi industria baja,  
 porque no falten tramoyas  
 a desenlazar marañas  
 y satisfacer sospechas  
 con que nos confunde Anarda.  
 Por arte de encantamiento  
 vuelvo; Olimpo, no caigas,  
 que saldrá mal la apariencia.

ÁNGELA: Donosa burla.

CONRADO: Extremada.

FELIPE: Cesen ya, celosa mía,  
 invenciones excusadas.  
 Lucrecia sois y mi esposa;  
 Yo, don Felipe de España.  
 ¡Ya es tiempo de hablar verdades!

LUCRECIA: ¿Pues no adoras a Alejandra?

FELIPE: ¿Cómo puedo, si mi amor  
 te dió las llaves del alma?

LUCRECIA: Tu esposa soy; ya estoy cuerda.

CONRADO: ¿Cómo es esto?

PINZÓN: Esto se llama  
 entre médicos, papilla  
 y morlaco, a quien la mama.

ROGERIO: ¿Luego cásanse de veras?

PINZÓN: Y tan de veras se casan  
 como *La Arcadia* es de burlas.

ROGERIO: Si lo consienten mis ansias.

CONRADO: No, mientras que yo viviere.

*Sale CARLOS*

CARLOS: Pastores, en nuestra casa  
 tenemos el mejor huésped

que honró en nuestro siglo a Italia,  
 don Jerónimo, famoso,  
 Pimentel, sol en las armas  
 y blasón de Benavente.  
 Me da aviso en esta carta  
 que hoy llegará a ser padrino,  
 no de Anfriso y Belisarda,  
 de Lucrecia y don Felipe  
 Centellas, su camarada  
 y amigo. Mis celos cesan  
 y a todos os desengañan  
 que la condesa ha fingido  
 su locura, y nuestra Arcadia  
 por este español, dichoso.

ALEJANDRA: ¿Hay tal burla?

CARLOS: Aunque pesada,  
 Yo saldré contento de ella  
 si Alejandra mi amor paga.

ALEJANDRA: Mi dicha, conde, confieso.

CONRADO: Doña Ángela, si en vos halla  
 remedio este daño, dadme  
 la mano.

ÁNGELA: Y con ella el alma.

PINZÓN: ¿Y qué han de darle al doctor  
 Alaejos, cuyas trampas  
 le han pagado en orejones?

LUCRECIA: Yo satisfaré tus gracias.

FELIPE: Salgamos a recibir  
 a don Jerónimo, y hagan  
 fiestas a mis desposorios,  
 los que mi ventura alaban,  
 entretanto que agradece  
 Tirso a la Vega de España,  
 la materia que en su libro  
 dio a nuestra fingida *Arcadia*.

FIN DE LA COMEDIA